

Megan Maxwell

Alégrame la vista



Megan Maxwell

Alégrame la vista

Índice

[Alégrame la vista](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

Sinopsis

Alicia es una joven enfermera que adora su profesión y a la que le gusta divertirse, leer, viajar y disfrutar con sus amigos con «derecho a roce».

Sin embargo, todo cambia cuando entra a trabajar en el hospital Víctor Molina, un joven obstetra, morenazo y de ojos verdes, que le alegrará la vista todas las mañanas.

El problema es que Víctor no sólo es su superior e hijo de su jefe, sino también el hombre que se ha dispuesto a conquistarla.

Alicia trata de huir del influjo que ejerce sobre ella, pero en ocasiones, cuanto más lo intentas, menos aciertas, hasta que el destino toma cartas en el asunto y les hace entender que sus corazones ya han elegido.

Capítulo 1

Suena el despertador y maldigo a quien inventó madrugar.

Pero vamos a ver, con lo a gustito que se está en la cama ¿a qué iluminado se le ocurrió jorobar este gran momento de placer?

Cansada de escuchar el "Piticlín... piticlín" extendiendo la mano y apago el despertador. Es mi segunda alarma y dándome la vuelta, vuelvo a hacerme un ovillito y espero a que suene la tercera.

Vale. Lo sé... esto que hago es masoquismo, pero es mi masoquismo y me gusta.

Como es de esperar cinco minutos después suena la alarma y tras acordarme de ya imaginas, la apago y con rapidez me levanto.

Cuando salgo al pasillo me encuentro con Tina, una de mis compañeras de piso. Hace guardia en la puerta del baño en pijama y mirándome dice.

—Siento decirte que se nos ha adelantado Doña puntos negros.

Escuchar eso me hace resoplar.

Begoña es un terror ante el espejo del baño y acercándome a la puerta golpeo.

—Bego, tienes cinco minutos o tiro la puerta abajo.

—¡Ya termino! ¡Joder! —se escucha de fondo

Tina y yo sonreímos, cuando de pronto se abre la puerta, Begoña aparece y mirándonos dice.

—Ya había terminado ¡pesaditas!

Tina rápidamente entra, Bego se va y yo con paciencia guardo mi turno.

Media hora después las tres estamos en la cocina, aseadas, vestidas y desayunando. Como cada mañana me meto entre pecho y espalda una gran tostada de pan con mantequilla y mermelada y un tazón de leche con Cola-Cao.

Sé que la mantequilla engorda. Sé que más tarde me arrepentiré. Pero también sé que si no me lo tomo, en un par de horas estaré que me caigo por las esquinas y por mi trabajo no me lo puedo permitir.

Begoña, que es la loca de la tecnología y trabaja de programadora en una empresa de informática, mirando su Ipad dice:

—Abrigaos. Entre hoy y mañana llega una ola de frío polar.

Tina que trabaja en un súper de cajera, sonrío y mirándome dice.

—Por suerte tenemos una enfermera en casa para que nos cuide.

Eso me hace gracia y terminando mi tazón de leche, lo meto en el fregaplatos y respondo.

—Abrígate y olvídate de mí. Ya bastantes pacientes cuido en el hospital.

Una vez salimos de casa, Tina se va para el autobús y Bego y yo para el metro.

Como cada mañana nos dejamos espachurrar por la gente hasta que llego a mi parada, le guiño el ojo y me voy.

Con paso seguro camino hacia el hospital, cuando oigo a mi lado.

—¡Buenos días Duendecilla!

Sin mirar, sé que es mi compañera Marieta. Solo ella me llama así.

A Marieta en el hospital se la conoce como Radio Macuto. No hay dato, cotilleo o

problema que a ella se le escape y mirándome dice.

—He recibido un whatsapp de Carmela la de Rayos.

—¿Y?

Marieta se acerca a mí, me coge por el brazo y cuchichea.

—Por lo visto, Amina, la de Urgencias ¿sabes quién es?

¿'La Extensiones'?

—¡Exacto! Pues al parecer anoche estuvo tirándole la caña al doctor Villalón y han quedado para cenar esta noche y ya sabes lo que viene tras una cenita ¿qué te parece?

Escuchar aquello me hace reír. Si alguien disfruta de su cuerpo y sexualidad en libertad, es 'La Extensiones' y encogiéndome de hombros respondo:

—Pues a mí me parece bien. ¡Viva el sexo!

Marieta me mira, resopla y murmura. Es una mujer bastante chapada a la antigua.

Una vez llegamos al hospital, esperamos el ascensor, y cuando este se abre aparece nuestro jefe rodeado por varios hombres. Marieta y yo nos miramos. Sobran las palabras.

Una vez aquellos salen, nos metemos en el ascensor abarrotado y esta cuchichea.

—¿Has visto lo que yo Duendecilla?

—Sí.

Doy a la planta tres y Marieta insiste.

—Esto cada día se parece más a un parque jurásico.

Asiento y sonriendo respondo.

—El tiranosaurio Rex cada día tiene peor gusto para contratar. Vaya tela. Así no hay quien se alegre la vista.

Reímos por aquello y cuando llegamos a nuestra planta nos bajamos.

Diez minutos después, ya con nuestros uniformes correctamente puestos, Marieta se marcha a su planta y yo me dirijo a Maternidad.

Al llegar, mis compañeras me saludan y Luisa, con cara de sueño, me entrega la hoja donde apuntamos las incidencias de la noche y dice.

—Vaya nohecita toledana la de hoy.

—¿Mucho jaleo? —pregunto yo.

Luisa asiente.

—Tres partos y una cesárea.

Observándola estoy cuando suena el teléfono. Rápidamente lo cojo. Es de recepción para indicarme que suben a una parturienta.

Dos minutos después aparece, Fernando el celador, con la parturienta sentada en una silla y mirándome pregunta.

—¿Te han avisado verdad?

Asiento, sonrío a la chica que me mira con cara de susto y digo.

—Llémosla a la habitación 323.

Una vez Fernando la deja allí y se va, miro a la joven y esta tremendamente nerviosa susurra.

—Mí... mi marido y su hermano estarán subiendo.

Su gesto de pronto se contrae. Pobre, tiene una contracción e intentando tranquilizarla murmuro con cariño.

—Tranquila... tranquila. Y respira. No olvides respirar.

La joven lo hace. Veo que ha ido a las clases de preparación al parto y cuando el dolor pasa, intentando que se olvide del tema pregunto.

—¿Cómo te llamas?

—Patricia.

Con una candorosa sonrisa le hago saber que sé lo que hago, que ha de estar tranquila e indico.

—Yo soy Alicia. Y voy a estar a tu lado para todo lo que tú y tu bebé necesitéis.

La muchacha sonrío, pero la sonrisa se le corta cuando entra Rosa, la matrona, y mirándonos dice en tono seco.

—Que se cambie de ropa y se tumbe para examinarla.

Con mimo y dedicación ayudo a Patricia sorprendida por el tono seco de Rosa y una vez terminamos, Rosa se acerca a la cama y tras examinarla en silencio dice antes de marcharse.

—Tienes ocho centímetros de dilatación. Vas rápida para ser primeriza. En breve te subiremos al paritorio.

Instantes después la puerta se abre y aparecen dos hombres que no pueden negar ser gemelos. Por Dios son iguales, a excepción del peinado y la ropa. Boquiabierto me quedo mirándolos y entonces veo que uno tiene los ojos azules y el otro verdes ¡Vaya pivonazos!

Ambos se acercan a la cama y Patricia soltando mi mano se la da a ellos y vuelve a tener otra contracción. Sin dejar de mirarla aquellos dos respiran con ella, la animan, la relajan y cuando todo acaba, el que debe ser el marido, la besa en los labios y dice.

—Cariño, lo estás haciendo fenomenal.

Sus palabras me hacen gracia ¡Qué mono! Y tras mirar al otro que tiene unos ojazos verdes increíbles, sonrío y salgo de la habitación.

Veinte minutos después, Rosa vuelve a examinar a Patricia y cuando sale de la habitación, se acerca al control de enfermeras y dice:

—Hay que subir a la paciente de la 323 al quirófano seis.

Con diligencia hago las gestiones y cuando llego con la paciente y el celador al pasillo de los quirófanos, de pronto me fijo en que el marido y el cuñado de aquella están allí vestidos con pijamitas verdes y mirándolos digo con seriedad.

—Lo siento, pero solo puede entrar el marido.

Los dos se miran, sonrían y el de los ojazos verdes suelta.

—Sigue tu camino y llévala a quirófano y...

—Por favor —lo corto molesta por sus palabras—. ¿Sería tan amable de salir de aquí?

Aquellos vuelven a sonreír. Eso me lleva los demonios y conteniendo mi lengua viperina, llevo a la paciente al quirófano, pero una vez la tengo preparada, salgo al pasillo dispuesta a decirles cuatro cositas a aquellos listillos, cuando se abre una puerta, entra el jurásico de mi jefe y acercándose a nosotros pregunta.

—¿Ya está preparada Patricia?

—Sí papá —suelta el marido.

¿Papá? Ay Dios ¿Es su padre?

—Bueno hijo tranquilo —prosigue aquel—. Tengo una reunión pero mantenedme informado de todo lo que ocurra. Anda, ve con Patricia, seguro que se alegra a verte.

El joven se metió en el quirófano cuando mi jefe me mira y sin anestesia me suelta.

—Alicia, son mis hijos Armando y Víctor. Armando es el marido de Patricia, la mujer que esta a punto de darme mi primer nieto —incrédula asiento como si fuera tonta—. Aprovecho para decirte que Víctor se incorporará en unos días como obstetra en el hospital, y como ha sido él quien ha llevado el embarazo de Patricia, va a llevar el parto. Tú lo ayudarás.

Asiento, mi jefe se marcha ante mi cara de asombro cuando escucho.

—¿En serio a mi padre lo llamas Tiranosaurio Rex? —incrédula lo miro y este sonriendo se agacha y cuchichea bajando la voz—. Has de tener cuidado con lo que hablas en público. Nunca se sabe quién te puede escuchar en un ascensor.

Madre... madre... ¡qué bocazas soy y lo que me entra por el cuerpo!

Y cuando voy a disculparme, comienza a caminar y dice con seguridad.

—Vamos Duendecilla —y mirando hacia atrás el listillo me suelta—. Espero que mi trasero mejore tus vistas.

Avergonzada, horrorizada y abochornada lo sigo sin saber qué decir, mientras me pregunto ¿por qué siempre me meto en berenjenales?

Capítulo 2

Por suerte para todos el parto de Patricia es estupendo.

Para ser primeriza, ha ido todo genial y verla con su bebé sobre ella y su marido con cara de tonto mirándola, me emociona.

Cada vez que nace un bebé y veo la emoción en esos padres, me pongo tontorrón e imagino el día que yo tenga a mi bebé. Porque sí, algún día quiero ser madre y tengo muy claro que para ello no necesito tener una pareja.

Ese tema, mi sufrida madre lo lleva fatal. Alguna vez que lo he comentado, se santigua horrorizada y sé que reza un rosario por mí pidiendo que me salga novio.

Ay pobre ¿cuándo se dará cuenta que yo no soy mi hermana?

Mi hermana Sagrario es todo lo opuesto a mí.

Para empezar, se quedó viviendo en el pueblo y yo me vine a vivir a Madrid. Ella se echó novio con dieciocho años. Yo he tenido varios amigos especiales a lo largo de los años. Su noviazgo duró cuatro años. Los míos apenas superan el mes. Se casó por todo lo alto. Yo en lo último que pienso es en una boda y después tuvo a mi preciosa sobrina Genoveva. El juguetito de la familia.

Según mi madre, Sagrario hace las cosas como se han de hacer, mientras yo con eso de la maternidad, quiero comenzar la casa por el tejado.

Pero soy así y le guste a mi madre o no, la que dirige mi vida soy yo

Mirando estoy a los recién estrenados padres cuando Víctor, ahora doctor Molina, se levanta de la butaca donde se había sentado para terminar su trabajo y mirando a su hermano y su cuñada dice.

—Todo está perfecto —y acercándose a su sobrino murmura tocándole la manita—. Hola amigo, qué ganas tenía de conocerte.

Sin saber por qué sonrío, cuando aquel coge al bebé en sus brazos e indica mirándome.

—Que el celador baje a mi cuñada a planta. Tú y yo ahora bajaremos al bebé.

—¿Pasa algo? —pregunta el hermano de aquel alertado.

Víctor sonrío y mirándolo dice.

—No. Tranquilo. Quiero que lo vea la pediatra. Son unas pruebas de rutina. No te preocupes ¡papito!

Ambos hermanos sonrían. Veo el buen rollo que hay entre ellos y cuando llega el celador se los lleva a la habitación.

Una vez solos, con el bebé en brazos Víctor me mira y susurra cogiéndole una manita al pequeño.

—Hola pequeño Tiranosaurio Rex.

Al escuchar aquello maldigo. Aquel listillo piensa vacilarme y dispuesta a ser yo quien lo vacile a él suelto jugándome el tipo.

—¡Oh Dios! Sus manos ¿las has visto?

Rápidamente siento como su mirada se alerta. Mira aquellas perfectas manitas en busca de algo raro cuando murmuro.

—Tiene cinco dedos, cuando en la familia de los Tiranosaurios Rex soléis tener dos.

Víctor me mira.

Lo acabo de vacilar y no sabe si mandarme a freír espárragos por el susto que le he dado o reírse. Al final opta por reírse. ¡Menos mal! Eso me tranquiliza porque siempre me he dejado llevar por mi impetuosidad.

En ese instante entra Eloisa, la pediatra, que mirando a Víctor dice.

—Perdona por hacerte esperar pero estaba atendiendo a unos gemelos.

—Tranquila mujer, solo quería que le echaras un ojo a mi sobrino —indicó aquel.

Con mimo, veo como la pediatra coge al bebé, lo tumba sobre una mesita, lo destapa y tras hacerle un examen rutinario murmura con cariño.

—Vaya chicarrón fuerte, sanote y guapo.

Víctor asiente y mirándome se mofa.

—Eso es de familia.

Al escucharlo sonrío y dándome la vuelta me voy. Que baje él al bebé hasta sus padres.

Diez minutos después, veo entrar en la habitación 323 a mi jefe con varios hombres y mujeres de su edad. Imagino que es la familia por lo felices que están.

En el control de enfermeras estoy mirando unos papeles cuando escucho.

—El pequeño Rex y yo ya estamos aquí.

Al ver a Víctor con el bebé en brazos sonrío, cuando aquel pregunta.

—¿Crees que Rex es un buen nombre?

—Noooooo —murmuro divertida y al ver que nadie me puede escuchar murmuro—. Oye, ahora en serio, discúlpame por lo que dije sobre tu padre.

—Disculpada.

—Se me fue la lengua y...

—Yo lo he llamado cosas peores —me corta.

Parpadeo ¿ha dicho lo que ha dicho? Cuando de pronto aquel pregunta.

—¿Cenas conmigo?

Boquiabierta lo miro. Este es directo... directo... y dispuesta a ser tan directa como él respondo.

—No.

Nos miramos, sonreímos e insiste.

—Conozco un sitio precioso para llevarte y...

—No —lo corto y antes de que diga nada más indicó marcando las distancias—.

Doctor Molina, no salgo con compañeros del trabajo.

—¿Por qué?

Incrédula porque me pregunte eso respondo.

—Primero porque no quiero y segundo porque en el hospital, las relaciones entre el personal no están bien vistas —aquel asiente cuando suelto—. Debería usted conocer ciertas normas del centro si va a trabajar aquí, o presiento que se va a meter en líos.

Según digo eso ya me estoy arrepintiendo cuando aquel insiste.

—Duendecilla ¿y si quedamos y me enseñas esas normas?

Bueno... Bueno.... Bueno... aquí el guaperas de los ojos verdes va de chulito y espabilado.

Y no dispuesta a dejarme caer en las redes de un depredador como aquel, voy a

responder cuando de pronto se escucha a mi jefe decir.

—Hijo... vamos, queremos conocer al nuevo integrante de la familia.

Víctor asiente, sonrío y dándole al bebé un besito en la cabecita oigo que cuchichea.

—Rex, despídete de la Duendecilla.

Y sin más, se aleja de mí con una sonrisa que me pone nerviosa, mientras siento que el nuevo doctorcito, tiene más peligro que un cirujano con hipo.

Capítulo 3

Cuando salgo el jueves de trabajar tras haber doblado turno para devolver a Lluisa la tarde que le debía, en la puerta me encuentro a Paco y sonrío.

Paco es un amor.

Es un tipo con el que se puede hablar, se puede viajar y se puede pasar un agradable fin de semana sin complicaciones posteriores y lo digo por propia experiencia.

Paco es como yo pero en hombre. A los dos nos gusta divertirnos, leer, viajar y tener nuestra propia libertad, y cuando me acercó a él pregunta.

—¿Tienes planes esta noche?

Lo pienso. Mañana no entro a trabajar hasta las tres de la tarde y sonrío.

De entrada pensaba irme a casa a tirarme en el sofá a ver Gran Hermano, pero necesitada de un poco de movimiento divertido en mi vida, respondo.

—Mi plan es cenar contigo y luego tomarnos algo ¿qué te parece?

Paco asiente, le gusta lo que escucha y mofándose cuchichea.

—Justo... justo... lo que yo pensaba.

Felices y encantados nos dirigimos a un restaurante chino que nos gusta. Allí al vernos entrar la china llamada "Xuxu" nos saluda con afecto y tras indicar lo que queremos cenar, la mujer se marcha y nosotros no paramos de hablar.

Paco es arquitecto, me cuenta los sinsabores de su trabajo y yo le cuento los míos y ambos nos escuchamos con atención.

Quien nos observe desde fuera estoy segura que piensa que somos una pareja en sus primeros meses, pues no paramos de reír y de hacernos bromas. Pero la realidad es muy diferente.

Paco y yo nos conocemos desde hace al menos ocho años y tenemos muy claro que somos amigos con derecho a roce y nada más. Él no busca nada más de mí ni yo de él. El día que cuadra y a ambos nos apetece un ratito de sexo divertido, lo disfrutamos y después, cada uno a lo suyo ¡y a otra cosa mariposa!

Si mi madre se entera de eso ¡me excomulga! Pensaría que soy un pendón desorejado, pero oye... ¡es mi vida y la disfruto a mi manera! Como mi hermana Sagrarito la disfruta haciendo magdalenas con sus vecinas los viernes por la tarde.

Cuando terminamos de cenar y salimos al exterior, al irnos a montar en la moto, a Paco le suena el móvil. Habla con alguien y cuando cuelga mirándome dice.

—El Cuqui, Dolores, Fonsi y Nieves están tomándose algo en "Nacha's" ¿te apetece que vayamos?

Sin dudarle asiento.

Nacha's es el local de moda y las veces que hemos ido lo hemos pasado muy bien y tras ponernos los cascos nos dirigimos hacia allí.

Tras aparcar la moto en la acera, al entrar, rápidamente vemos a nuestros amigos. Nos besuqueamos con ellos y sedienta me dirijo a la barra. Allí le pido al camarero un cubatita de ron con Coca-cola y canturreando estoy Born This Way de Lady Gaga, cuando escucho a mi lado.

—¿Pero Duendecilla qué haces aquí?

Al mirar a la derecha, me encuentro con el Doctor Molina. Él guaperas de ojos verdes, que me ha estado guiñando el ojo todo el día en el hospital cada vez que se cruzaba conmigo. Mi cara de sorpresa debe de ser un poema porque cuchichea divertido.

—Sí. Es cierto. Los doctores también nos divertimos.

Al escuchar la guasa en su voz, asiento, sonrío y respondo.

—Sin duda alguna las Duendecillas también, doctor Molina.

Su sonrisa se ensancha.

¡Madrecitalindayrelindacomoestaestehombredebueno!

Entonces acercándose a mí, baja el tono de voz y murmura.

—Llámame Víctor. Lo de doctor Molina, lo podemos dejar para el hospital.

Asiento y sonrío.

Menudo peligro tiene el colega y dispuesta a dejar cristalino aquel encuentro respondo.

—Creo que no doctor. Es mejor tener las cositas claritas, aún sin estar en el hospital.

—Mujer...

—No doctor... —le corto—. No se equivoque.

De nuevo sonrío. Por Dios ¡qué dentadura más perfecta tiene!

Sin dejar de sonreír lo miro.

El doctorcito a mí no me amilana por muy cañón que esté y cuando siento que va a decir algo, cojo el cubatita que ha puesto ante mí el camarero y sacando esa parte chula que tengo y que todas las mujeres tenemos cuando nos lo proponemos, murmuro acercándome a él.

—Adiós doctor Molina. ¡Que lo pase bien!

Dicho esto y sintiéndome muy bien, me doy la vuelta y camino hacia donde están mis amigos sin mirar atrás, aunque en ocasiones como esta, me encantaría tener ojos en el trasero para ver si me mira o no.

Al llegar a mi destino Paco me agarra por la cintura y yo con disimulo bebo de mi copa mientras por el rabillo del ojo miro hacia la barra. El doctorcito ya no está allí y haciendo un barrido al local, lo veo junto a un grupo de gente que parece muy divertido.

Con curiosidad, cambio mi posición para cotillear sin ser vista y veo como aquel ya se ha olvidado de mí y besuquea con sensualidad el cuello de una mujer rubia. ¡Menudo sinvergüenza! Dos segundos antes intentando ligar conmigo y ahora ya está besuqueándose con otra.

¡Idiota!

Vale... reconozco que descubrir aquello me molesta un poquito, solo un poquito, pero dispuesta a disfrutar de mi noche con mis amigos, me olvido de él y río, bailoteo y disfruto.

Al fin y al cabo, ¡para eso estoy allí!

Una hora después Dolores me pide que la acompañe al baño y yo, sin dudarlo, acepto pues también necesito visitarlo. Eso de ir en pareja al baño es una tradición

femenina y no seré yo quien la rompa. Entre risas y confianzas hacemos la cola en el baño, que como siempre está abarrotado y cuando nos toca, Dolores me cede el puesto, ¡lo mío urge!

En el baño, hago malabarismos por no toca nada y una vez acabo, tras lavarme las manos, salgo de allí y espero a Dolores en el exterior. De pronto una mano agarra la mía y al mirar y ver al doctor muy serio pregunto.

—¿Qué ocurre?

Este no dice ni ¡Mu! Siento que no sabe qué decir y entendiendo aquel silencio cuchicheo.

—No... es no.

Su gesto me hace gracia ¡creídos a mí! Y cuando levanta una ceja sorprendido por mis palabras, pregunto.

—¿A usted nadie le dice... no?

Siento su incomodidad, se la leo en la mirada y eso que apenas lo conozco y cuando Dolores sale del baño, lo sonrío e indico cogiéndome al brazo de mi amiga.

—Hasta mañana doctor Molina.

Una vez nos alejamos, Dolores mira hacia atrás y sonriendo pregunta.

—¿Pero quién es ese morenazo?

Reconozco que esta vez siento que el corazón se me ha acelerado ¿por qué? Pues mira no lo sé, pero sin pararme, ni mirar atrás, respondo segura de mí misma.

—Un doctor que trabaja en mi hospital.

Una hora después, Paco y yo abandonamos el local y soy consciente de cómo una mirada verde nos persigue. El doctor Molina no para de mirarme aunque sigue besuqueándose con la mujer rubia.

Su reacción me confunde, pero sin querer pensar más en ella, Paco y yo salimos del local, nos montamos en la moto y nos vamos.

Cuando llegamos a mi casa media hora después, invito a Paco a subir a mi habitación. Ambos queremos sexo y sin lugar a dudas, lo voy a disfrutar.

Capítulo 4

El sábado me toca trabajar.

Eso es lo que tiene currar en un hospital. Los fines de semana, dependiendo del turno, los libro o no.

Desayunando estoy en la cafetería cuando veo entrar a Víctor, el doctor Molina, con su padre.

¿Mi jefe un sábado allí?

Víctor me ve. Lo sé porque nuestras miradas se cruzan en el espejo y me pone nerviosa.

Yo que estaba desayunando tan ricamente unas porras con café, ahora me da cosa abrir la boca y meterme la porra en la boca ¿Por qué? Pues sinceramente por cómo me observa aquel a través del puñetero cristal.

Pero al final el hambre me puede y continúo desayunando, cuando entra mi compañera Marieta se sienta a mi lado y cuchichea.

—Me han contado que en Urgencias está la madre del Tiranosaurio.

—¡Calla! Que está ahí —regañó al escucharla y entender entonces qué hace un sábado allí.

Marieta mira hacia donde señalo con disimulo y, tras verlo, murmura.

—Tranquila, me han dicho que lo de su madre es un simple costipado, en diez minutos se van para casita.

Asiento cuando Marieta coge una de mis porras, la moja en mi café y tras darle un mordisco, cuchichea.

—Uhhh... me encanta ese saborcito a grasilla.

Un minuto después, entra la nueva mujer de mi jefe. La llamamos en petit comité "Perlita de Mahadahonda", por vivir en aquel lugar y porque siempre... siempre, lleva perlas en el cuello y las orejas. Marieta y yo la miramos y cuando sonreímos, soy consciente de que Víctor nos pilla. Rápidamente dejo de sonreír. No quiero que piense cosas raras.

Al rato entra mi compi Fernando, el celador, con una anciana sentada en una silla de ruedas y embobada me quedo al ver como Víctor se agacha para estar a su altura y la besa con cariño. Eso me gusta. Me encanta ver que tratan bien a los mayores y al ver al intrigante doctor Molina bromear y sonreír con su abuela, sonrío como una tonta. ¡Qué mono!

—Por el amor de Dios Duendecilla—protesta Marieta—. Cambia esa cara de lela.

Rápidamente le hago caso y cuando mi jefe y su familia salen por la puerta de la cafetería por fin me relajo. ¿Por qué aquel hombre me pone tan nerviosa?

Una vez termino de desayunar, acompaño a Marieta a Laboratorio a recoger unas pruebas. Una vez las recogemos entre risas vamos al ascensor y cuando las puertas se abren, deseo correr. Allí está el doctor Molina. Sin duda viene del parking de acompañar a su familia.

—Buenos días —saluda sonriendo.

—Buenos días —respondemos Marieta y yo.

Subimos dos pisos y Marieta, tras una miradita cómplice, se apea del ascensor. A mí me entran los siete males, porque que ella se vaya significa que nos quedamos solos en el cubículo y cuando las puertas se cierran, noto que se vuelve a mirarme y pregunta.

—¿Tu novio es el motero de la otra noche?

Al escuchar aquello, lo miro. Voy a contestarle cuando de pronto el ascensor se para bruscamente, las luces parpadean, e inconscientemente me agarro a su brazo, aunque cuando soy consciente de ello lo suelto y acercándome a los mandos susurro.

—No... no... no.... ¡ahora no!

Pero sí... sí... sí... ¡ahora sí!

Rápidamente saco mi móvil del bolsillo de mi bata y sin importarme que me observe por detrás grabo un whatsapp de voz a mi compi.

¡Joder Marieta el ascensor me la ha vuelto a jugar! Llama a los de mantenimiento y avisa a mi planta de que estoy atrapada por si me necesitan.

El puñetero ascensor ha decidido pararse como hace muchas veces y dándome la vuelta para mirar a Víctor que sigue tras de mí en silencio murmuro.

—Este cacharro cada dos por tres se para. Pero tranquilo, saldremos de aquí.

Víctor asiente justo en el momento en el que recibo un whatsapp de voz. Al ver que es Marieta, sin ponérmelo en la oreja le doy a escuchar.

"El ascensor y tú tenéis algo hija mía ¡siempre te pilla a ti! Vale, aviso a Mantenimiento y por cierto, el Tiranosaurio Tex y Perlita de Majadahonda ya se han marchado".

Según escucho eso intento apagar el móvil pero mi nerviosismo me lo impide.

Por Dios... por Dios... ¡que mi compi está hablando de la familia de aquel! Y horrorizada por lo que ha escuchado, voy a pedirle disculpas cuando muerto de la risa pregunta.

—¿La mujer de mi padre es Perlita de Majadahonda?

Ay... Ay... Ay... ¡que no sé qué decir!

Pero al ver que él sonrío divertido, sin poder evitarlo yo lo hago también cuando aquel mirándome cuchichea.

—Sin duda, estoy deseoso de saber cómo me llamáis a mí.

Dejo de sonreír. No pienso decir que mis compis y yo ya lo hemos bautizado como el "bombón caliente" por su impresionante porte y mirada y rascándome la cabeza cuchicheo.

—No sé. No he oído nada.

Aquel sonrío. Intuyo que no me cree y con una tranquilidad pasmosa que me poner nerviosa, se recuesta en la pared del ascensor y cruzando las manos ante su pecho pregunta de nuevo.

—¿Era tu novio el de la moto?

Apoyándome en la pared que hay frente a aquel, intento aparentar normalidad como él y encogiéndome de hombros respondo.

—Es un amigo.

Víctor asiente, ladea la boca al sonreír y pregunta

—¿Y con tus amigos te besas así?

Valeeeeeeeeeeeeeee...

Me vio besarme con Paco y sonriendo afirmo.

—Doctor, estoy soltera y como no he de rendirle cuentas a nadie, vivo en total libertad para hacer lo que quiera, cuando quiera y con quien quiera.

De nuevo veo que asiente. Uf... qué calor me está entrando.

Sin decir nada se acerca lentamente a mí... ¡Uy...Uy... qué peligro! Y cuando casi... casi nos rozamos y siento la electricidad de su cuerpo, mirándome a los ojos murmura.

—No te conozco, Duendecilla, pero me encantaría conocerte para poder disfrutar de esa libertad.

Ay madre... Ay madre... ¡que me da un tabardillo!

No me puedo mover. Mi culo y mi nuca están pegadas a la pared del ascensor y no puedo echarme para atrás.

Víctor me tienta. Me provoca.

No me toca...

No me besa...

Pero sin hacerlo, el Bombón caliente está haciendo que lo sienta y cuando de pronto el ascensor tras un saltito se pone en marcha, da un paso atrás y mirándome cuchichea.

—Cuando quieras, aunamos fuerzas y disfrutamos donde quieras, porque en eso soy como tú, con quien quiero y cuando quiero.

Madre... madre... madre... ¡Voy a explotar de calor!

Atacada lo veo sonreír y para no parecer una idiota sonrío yo también. A mí este a chula no me gana. Y cuando las puertas del ascensor se abren y salimos de él, sin mirarlo me encamino hacia el control de enfermeras sin mirar atrás, mientras pienso...

¡Madrecita el calor que me ha entrado en el cuerpo al escuchar la proposición del bombón caliente!

Capítulo 5

El sábado cuando acabo mi turno doble en el hospital, estoy para el arrastre.

¡Qué cansancio tengo!

Voy a llegar a casa, me voy a dar una duchita, me voy a tirar en el sofá y no voy a hacer más. Bueno sí, seguramente pedir una pizza y dormir como una ceporra hasta el domingo.

Encantada bajo en el ascensor, cuando se para en el primer piso y entra el guaperas del doctor Molina con una botellita de agua en las manos. Lo siento apurado y mirándome pregunta.

—¿Me puedes ayudar?

Sin dudarle asiento y bajamos al parking. Eso me escama.

¿En qué puedo ayudarle en un parking?

Cuando salimos del ascensor, me paro y pregunto.

—¿Dónde vamos?

Acelerado me coge de la mano como para que no me escape, camina conmigo hacia un lateral del parking y con su otra mano libre señala.

—Vamos allí.

Al mirar, veo al fondo un perro mediano, marrón claro, tumbado de lado en el suelo y cuando voy a volver a preguntar, Víctor dice.

—Cuando me marchaba para casa la he visto. Al principio, pensé que alguien lo había atropellado, pero al acercarme he visto que estaba de parto.

Incrédula de que el animalillo haya conseguido meterse en el parking sin ser vista por los vigilantes jurado que lo custodian, me acerco hasta él y Víctor se agacha para echarle agua de la botellita en el hocico.

La pobre con la lengua fuera jadea alterada, me mira con sus ojillos asustados y agachándose, murmuro al ver dos cachorros moverse torpemente cerca de ella.

—Tranquila bonita... tranquila.

—Algo va mal —susurra Víctor nervioso—. Desde que salió el segundo cachorro han pasado más de cuarenta minutos y...

—¿Llevas aquí cuarenta minutos?

Víctor se mira el reloj y con un gesto serio indica.

—Más bien hora y cuarto. Cuando me acerqué había expulsado el primer cachorro, luego llegó el segundo, pero han pasado más de cuarenta minutos, ella tiene contracciones abdominales y no sale ningún cachorro. Comienzo a preocuparme.

Asiento y no sé qué decir.

¿Dónde está la bonita sonrisa de aquel y la guasa?

Incrédula observo como cuchichea palabras cariñosas a la perrita sin importarle mancharse el traje. La llama rubia, le dice mil cosas cariñosas, se desvive por una perra que no es suya y tras tranquilizarla con palabras suaves murmura.

—Intuyo que sufre distocia.

Asiento. Sé de lo que habla, cuando afirma con seriedad.

—O el cachorro presenta posición anormal para salir o es demasiado grande en

relación al tamaño de la madre.

En ese instante la perra da un gemido de dolor que siento que a ambos nos encoge el alma y Víctor mirándome dice.

—Sé que no debería moverla, pero algo me dice que si no la muevo la perra se muere aquí. La llevaré a un amigo veterinario que tiene la consulta cerca ¿me ayudas?

—Por supuesto —afirmo.

Con rapidez va a su coche. Un precioso BMW azul oscuro con asientos de cuero. Veo que abre el portón trasero, saca una manta y tirándome algo dice.

-Envuelve a los cachorros en la toalla para que nos sufran hipotermia.

Con mimo envuelvo a los bebitos perrunos en la toalla, mientras veo que con delicadeza aquel coge a la perra que se revuelve y la tumba en el asiento trasero del coche.

Treinta segundos después todos estamos en el interior del BMW azul oscuro, Víctor habla por el manos libres con su amigo veterinario y este le indica que nos espera.

Preocupados por los gemidos dolorosos de la perra vamos hasta el veterinario casi sin mediar palabra.

Al entrar en la clínica se llevan a la perrita y los cachorros y nos quedamos mirando a la puerta como tontos.

¿Habremos hecho lo correcto?

Instantes después sale un hombre que se presenta como Marcelo y que presupongo que es el amigo de Víctor y mirándonos indica.

—Voy a examinarla. Id a tomar algo al bar de enfrente. Prometo llamar lo antes posible.

Me muevo, pero Víctor no se mueve e indica.

—Haz todo lo necesario. Yo cargo con los gastos.

Marcelo sonríe, pone su brazo en el hombro de su amigo e indica.

—Tranquilo Víctor. Tranquilo.

Una vez salimos de la clínica veterinaria, por primera vez desde que conozco al doctorcito siento que está desconcertado y eso llama poderosamente mi atención. En silencio caminamos hacia la cafetería y tras pedir algo de beber, lo miro y pregunto.

—¿Estás bien Víctor?

Al escucharme suspira y murmura.

—Es agradable oírte llamarme por mi nombre.

Asiento. La situación me ha hecho olvidar los formalismos cuando indica.

—Laica era mi perra. Quise que tuviera cachorros y murió estando preñada por una rara infección hace tres meses. Nada pudimos hacer por ella y los cachorros.

Vale... ahora entiendo su estado desconcertado.

—Lo siento...

Su gesto triste por la pérdida me conmueve ¡puede conmigo! Y sin saber por qué doy un paso al frente, lo rodeo con mis brazos y murmuró.

—Tranquilo. Ya verás cómo Marcelo hará todo lo posible por la perrilla.

Al sentir que rodea con sus brazos mi cintura, y posa su barbilla sobre mi hombro para refugiarse en él me alerto ¿pero qué estoy haciendo?

Así permanecemos unos segundos en los que creo que no respiro hasta que

murmura.

—Gracias por tu ayuda.

Tensa como una vara estoy cuando me suelta. No me besa, no se pasa de la raya ni un milímetro y cuando voy a decir algo, él dice.

—No te voy a comer.

Oy... Oy... Oy... ¡lo que me entra!

Pero vamos a ver ¿cómo soy tan tonta?

¿Desde cuándo me asusta a mí un tío?

Acalorada y bajo la atenta mirada de aquel cojo mi bebida, le doy un trago cuando su teléfono suena.

Lo observo con detenimiento mientras escucha lo que le dicen al otro lado y cuando cuelga, murmura.

—Era Marcelo. La perrilla, con ayuda, ha conseguido expulsar al cachorrillo que estaba mal colocado y tras ese ha salido otro más y todo acabó bien. Al final han sido tres machos y una hembra.

Encantada por ello sonrío y ¡zas! Lo vuelvo a abrazar.

¿Pero qué hago otra vez!

Esta vez no siento sus manos alrededor de mi cuerpo y cuando lo suelto, paga al camarero las consumiciones y cogiéndome de las manos dice acelerado.

—Vamos. Podemos pasar a verla.

Encantada por aquello nos dirigimos a la clínica veterinaria donde todo ha tenido un final feliz. Una vez, Marcelo, le indica que la cachorrita era la que estaba mal colocada y le comenta que la perra no tiene chip identificativo, nos deja a solas con los animalillos.

Durante unos segundos veo que Víctor habla con la perrita mientras apoya su cabeza sobre la frente de aquella y ambos se miran ¡Qué momentazo más tierno y bonito!

Así están unos segundos hasta que finalmente Víctor me mira y dice.

—Duendecilla, te presento a Rubia.

—¿Rubia?

Víctor sonrío ¡por fin sonrío!

Esa sonrisa suya me vuelve loca y al intuir lo que quiere decir pregunto.

—¿La vas a adoptar?

Víctor asiente y gustoso indica.

—No tiene chip. No tiene dueño y creo que Rubia y sus cachorros serán muy felices en mi casa.

Encantada asiento.

Además, de buenorro, le gustan los animales.

Estoy por huir despavorida del influjo que ejerce sobre mí, cuando mirándome dice.

—Son las once de la noche ¿qué tal si me ayudas a llevarlos a casa y allí comemos algo?

Buenooooooooooooo...

¡Qué hago!... ¡Qué hago!

Capítulo 6

¿Qué hago metida en el coche del Bombón Caliente y camino de su casa?

De verdad, que en ocasiones ¡no me entiendo ni yo!

Pero cuando me ha propuesto acompañarlo a su casa para ayudarle con la perrita y sus cachorritos y cenar algo, me ha parecido todo tan inocente que he sido incapaz de decirle que no.

Y aquí estoy.

Mirando al frente, mientras él conduce el bonito BMW azul y por la radio suena la voz de la de Barbados cantando aquello de "work...work...work...work...work...work" y siento una presión en el pecho que o me tranquilizó o me va a estallar.

Estamos en Aravaca. Conozco la zona porque mi prima Cristina vive aquí y cuando se para ante una valla blanca, y esta se comienza a abrir, sé que hemos llegado a su casa.

¡Menudo casoplón!

Una vez entramos con el coche en la parcela, unas lucecitas del suelo se comienzan a encender y como si fuera una pista las seguimos hasta el garaje. Sorprendida por aquello lo miro y este sonriéndome murmura.

—Lo sé... parece un aeropuerto, pero por la noche es cómodo.

Asiento. Sin duda lo es.

Una vez para el coche y nos bajamos, abrimos las puertas de atrás del vehículo y mientras él coge a la perra entre sus brazos, yo cojo la caja donde van los cuatro cachorrillos.

Me encantan, son monísimos, y sonriendo estoy cuando Víctor dice.

—Sígueme.

Tras él voy hasta llegar a una enorme puerta, la abre y haciéndose a un lado mirándome dice.

—Las damas primero.

Encantada por aquello sonrío y paso, las luces del techo se encienden al detectarme. Incrédula lo miro y cerrando la puerta cuchichea.

—Es una casa inteligente.

Embobada asiento, y le sigo mientras las luces al detectarnos se encienden a nuestro paso ¡qué pasote! Lo bien que me vendría a mí eso en casa, ya que soy de las que se va dejando siempre las luces encendidas. ¡Qué lucha mi madre toda la vida con eso!

Cuando entramos en el salón me quedo embobada, es enorme y decorado con un gusto exquisito. Sin pararse Víctor camina hacia un lateral y dejando a la perra en el suelo, sobre la manta que lleva, se agacha para besarle la cabeza y murmura.

—Bienvenida a casa Rubia.

Encantada por aquel detalle tan bonito por parte de él, con mimo entre los dos sacamos a los cuatro cachorritos de la caja y los ponemos junto su madre. Rubia, rápidamente los chupetea y emocionada murmuro.

—Qué cosa más bonita.

Víctor asiente y agarrándome la mano dice.

—Vayamos a la cocina a comer algo.

De nuevo las luces se encienden y apagan a nuestro paso y cuando llegamos a la cocina, al entrar murmuro.

—Por Dios ¡esto es la NASA!

Divertido por mi comentario cuchichea.

—Tengo una amiga diseñadora de cocinas a la que le dije ¡haz la cocina que quieras! Y cuando la vi, me quedé tan sorprendido como tú.

Y es para estarlo. La cocina es blanca, de cristales ahumados y minimalista. Encantado me la enseña y yo parezco recién llegada del pueblo por mis comentarios. Es más, llega un momento que dejo de ser natural porque ya me estoy dando hasta vergüenza.

Cuarenta minutos después, tras haber picoteado algo en su increíble cocina, salimos al jardín y tras dar un trago a mi cervecita, lo miro y sin cortarme pregunto.

—¿Vives solo?

Víctor me mira. A saber Dios qué piensa. Sonríe y responde.

—Ahora no. Ahora vivo con Rubia y sus cuatro cachorros.

Eso me hace gracia cuando aquel mirándolos dice.

—Ayúdame a ponerles nombres a los cachorros ¿Cómo llamarías a la hembra?

Mis ojos vuelan a aquellos minúsculos perritos que duermen junto a su mamá y mirando a la hembra respondo riendo.

—Elektra.

¡Me gusta! —afirma él.

Vuelvo a mirar a los cachorrillos y señalando de izquierda a derecha indico.

—Batman, Thor y Hércules.

Víctor suelta una carcajada.

Me encantan sus ojos cuando sonrío y yo, que me vengo arriba, suelto.

—O también a ella le puedes llamar T-rexita, y a ellos Triceratops, Velociraptor y Diplodocus.

La carcajada de Víctor se hace más grande, se mea de la risa, cuando de pronto, sin mediar palabra se acerca a mí, pasa su mano por mi cintura y acercándose a él murmura.

—Te voy a besar.

Y ¡Zas! Me besa.

Sus tentadores, dulces y sensuales labios se posan sobre los míos y yo incapaz de rechazar aquel manjar tan peligroso, abro mi boca y oh Dios... ¡oh Diossssssss!

Me gusta... me gusta... me gusta... y me gustaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Víctor, el doctor Molina, el Bombón Caliente, me da el beso más erótico, inquietante, morboso y sensual que me han dado en mi vida, mientras siento cómo se me acelera el corazón, y un calor perturbador que comienza a volverme loca, sube y baja por todo mi cuerpo a mil por hora.

El beso dura y dura... y dura.

Lo disfrutamos...

Lo paladeamos...

Y cuando nuestros ojos se encuentran y nuestras bocas se separan unos milímetros, leo en su mirada lo que él debe de leer en la mía y sin ninguna duda pregunto.

— ¿Dónde está tu habitación?

En cero coma segundos cruzamos el pasillo a tal leche que ni las luces se encienden y cuando llegamos a una preciosa habitación en tonos grises, sin hablar pero con prisa nos desnudamos.

Fuera botas...

Fuera pantalones...

Fuera camisas...

Y fuera ropa interior...

¡Comienza el juego!

Una vez desnudos, nos miramos, nos tentamos, cuando aquel Adonis que ante mí está más bueno que un pan, abre el cajón de la mesilla y saca un preservativo. Me lo enseña, sonrío, rasga el envoltorio con los dientes y yo susurró para mis adentros mientras me dejo caer en la cama.

"Sí nene... sí... póntelo"

Una vez se lo pone, yo que estoy esperándolo tumbada sobre la cama sonrío sin un ápice de vergüenza y le invito a continuar.

Y continúa ¡vaya si continúa!

Se posiciona sobre mí, y mirándome a los ojos coloca la punta de su increíble, dura y tersa erección en la entrada de mi vagina y lenta, muy, muy lentamente se introduce en mí, mientras el mágico momento nos hace jadear y temblar.

Los besos se repiten. Las caricias se multiplican, mientras nuestros cuerpos necesitados de goce caliente y vehemente, se enredan para dar y recibir placer.

Víctor es exquisito.

Sabe besarme, sabe moverse, sabe hacerme el amor y yo lo disfruto sabedora de que también se lo hago pasar bien a él.

No somos primerizos.

Se puede decir que somos licenciados en la materia y cuando aceleramos nuestros movimientos, sabemos que un clímax devastador y placentero se acerca para carbonizarnos.

Una... dos... tres...

...veintiocho veces nos hundimos el uno en el otro gozando de aquel momento de morbosa locura, cuando siento que no puedo más y arqueándome hacia atrás le hago saber que mi momento llegó e instantes después, tras un ronco jadeo varonil, me hace saber que le llegó a él.

Jadeantes nos miramos, incrédulos todavía de lo que hemos hecho, cuando Víctor rueda por la cama para no caer sobre mí.

Con las respiraciones aun entrecortadas los dos miramos al techo, cuando sonriendo digo.

— Tu casa será muy inteligente, pero tú y yo unos descerebrados.

Víctor no dice nada y sonriendo sé, que lo acabo de dejar ¡sin palabras!

Capítulo 7

Han pasado tres días desde mi locura total con el Bombón Caliente en su casa.

Desde ese día, nos hemos visto por el hospital, disimulamos y nos comportamos como las dos personas maduras y profesionales que somos. Intento no encontrármelo y lo esquivo cuando lo veo a lo lejos porque no tengo ni la más pajolera idea de cómo actuar después de lo que pasó y aunque nos dimos los teléfonos, ninguno de los dos hemos dado todavía un paso al frente.

Soy incapaz de olvidar lo vivido y mira que no es el primer hombre con el que me acuesto simplemente por diversión. Estoy soltera, no tengo churri fijo y yo, y solo yo, mando en mi cuerpo, en mi vida y en mis decisiones, pero reconozco que es verlo y ponerme a mil.

Así andaba yo en mis pensamientos esta mañana cuando hemos coincidido a solas en el quirófano 3 y, oh Dios, nos hemos lanzado a besarnos con un deseo brutal y hemos quedado para ir esta noche en su casa.

Suena el teléfono del control de enfermeras. Rápidamente lo cojo y es Marieta.

—¿Duendecilla bajamos a desayunar?

—Vale —acepto encantada.

Una vez mi compi Lluisa regresa de dar medicaciones a las pacientes, se queda en el control y yo me dirijo al ascensor, me suenan las tripas de hambre. Mirando al frente estoy cuando oigo unas voces y mi cuerpo se alerta. ¡El Bombón Caliente!

Miro a mi alrededor en busca de una vía de escape. Tengo las escaleras cerca y cuando voy a salir pitando de allí, oigo la voz de mi jefe, que dice.

—Alicia ¿sabe si ha llegado el doctor Campodón?

Rápidamente me doy la vuelta y me encuentro al Tiranosaurio Rex con su hijo Víctor y uf... lo que me entra por el cuerpo al recordar cómo nos hemos besado hace un par de horas, pero sacando la profesional que hay en mí, respondo.

—No lo he visto llegar todavía Doctor Molina.

Mi jefe asiente, deja de prestarme atención y vuelve a prestársela totalmente a su hijo, mientras yo saco mi móvil del bolsillo y actuando con convicción, me lo pongo en la oreja y hago que hablo y huyo escaleras abajo.

Una vez llego a la cafetería más tranquila porque me he quitado a aquellos de encima, veo a Marieta que levantando la mano me hace saber que ha cogido mesa ¡qué bien!

Guillermo el camarero al verme, sonrío y guiñándome el ojo dice.

—Siéntate que yo te llevo a la mesa tu café con leche y tus tres porritas preciosas.

—Graciasssss.

—Las que tú tienes encanto.

Sin poder evitarlo sonrío. Guillermo es un guasón que siempre intenta ligar conmigo y cuando deja ante mí el desayuno, cuchichea.

—¿Cuándo vas a quedar conmigo fuera de esta cafetería?

Yo sonrío. Marieta también. Guille es un cielo y respondo.

—Sabes que soy alérgica a salir con compañeros de trabajo Guille ¿cómo te lo tengo

que decir?

— Esa es la actitud Alicia. Por eso me gusta tenerla en nuestro equipo.

Al escuchar la voz de mi jefe, miro hacia atrás y allí está con el guaperas de su hijo que me mira con una media sonrisa y con cierta sorna, indica.

— Una decisión muy sabia Alicia, eso mantendrá la armonía en el trabajo.

¿Armonía? ¿Te voy a dar yo a ti armonía esta noche?

Wooooooooooooooooo ¡lo que me entra!

Si mi jefazo supiera que su criaturita y yo estamos compartiendo fluidos corporales la que se iba a armar era gorda.

Sin más aquellos se alejan y se acercan a una mesa donde hay varios doctores y se sientan con ellos, mientras yo me siento con Marieta.

Durante varios minutos charlamos y reímos cuando de pronto, cuando mojo mi porra en el café con leche, aquella dice.

— ¿Te has enterado del último cotilleo?

Metiéndome la porra estoy en la boca cuando cuchichea.

— Al parecer el Bombón Caliente y la doctora Peña, están liados. Según me ha contado Virginia, ayer se los encontró en un pub por la zona de Chueca, excesivamente acaramelados.

¡Me atraganto!

La porra de la impresión se me va por otro lado y me ahogo.

¡Ay madre que me ahogo!

Marieta rápidamente se levanta y me da golpes en la espalda, pero nada, la porra se me atranca y no puedo respirar.

Me llevo las manos al pecho ¡ay qué angustia!

En ese instante siento que alguien con celeridad me levanta de la silla, pasa sus manos por debajo de mi pecho y apretándome contra su cuerpo, practica la maniobra de Heimlich con precisión. Una... Dos... tres.. y a la cuarta un trozo de porra sale de mí a propulsión.

Algo desorientada por la asfixia apoyo mi nuca en el cuerpo de quien está tras de mí y oigo muy bajito.

— Tranquila cielo... tranquila.

Madre mía ¡casi la guiño asfixiada por un trozo de porra!

— ¿Estás bien?

Asiento, tomo aire y me doy cuenta que el que habla y aún me tiene entre sus brazos es Víctor, mientras toda la cafetería nos mira.

¿Me ha llamado cielo y me ha salvado?

Aissssssss ¡qué monooooooooooooooooo!

Pero abochornada por ser el centro de atención de toda la cafetería, me separo de él y cuando Guillermo, el camarero, asustado deja un vaso de agua sobre la mesa, Víctor insiste.

— ¿Estás mejor?

Asiento... vuelvo a asentir.

— Alicia por Dios ¡qué susto nos has dado!

Al mirar, veo a la doctora Peña al lado de Víctor. Los dos me miran con gesto

preocupado y mirándoles susurro.

—Tranquilos, estoy bien.

Una vez aquellos dos se dan la vuelta y regresan a su mesa, me siento con Marieta y me doy aire con la mano para reponerme. ¡Qué mal ratito he pasado!

Mi respiración se relaja y siento que el color regresa a mi rostro, mientras Marieta y Guillermo hablan entre ellos.

En ese instante mi móvil suena. He recibido un whatsapp de Superman.

Superman y Supergirl es como Víctor y yo tenemos guardados nuestros números de teléfono para despistar y leo.

"Me has dado un buen susto"

Incapaz de no hacerlo, miro con disimulo hacia donde aquel está. Tiene el teléfono en la mano a la espera de una contestación y sin dudarlo se la escribo.

"Gracias por salvarme Superman"

Cuando aquel mira el teléfono, veo que sonrío y yo sin saber por qué lo hago también, cuando veo que la doctora Peña, le quita una pelusa de la bata y sin poder evitarlo la voz de mi madre suena en mi cabeza diciendo aquello de cuando el río suena, agua lleva.

Capítulo 8

Me puede... me puede... me puede.

Tras una jornada en la que he atendido tres partos y una cesárea con el "Bombón Caliente", cuando salgo del trabajo, nos cruzamos, nos miramos y aquí estoy, en la puerta de su casa, tocando el timbre de la cancela.

Cuando la cancela blanca de la parcela se abre, paso rápidamente y sonrío al ver que Rubia, la perrita, corre hacia mí para saludarme mientras Víctor con una sonrisa me espera en la puerta.

Rubia, como siempre que me ve, enloquece y yo encantada juego con ella correteando por la parcela. Es una maravilla de perrita y cuando la lengua me llega a los pies tras tanta carrera, me acerco a Víctor y este sonriendo dice dándome un beso en los labios.

—No sé quién está más loca de las dos.

Al entrar en la casa, como siempre las luces del pasillo se encienden a nuestro paso y camino directamente hasta el salón. Allí están los cachorritos de Rubia sobre una manta y yo, como las abuelas, corro hacia ellos y los besuqueo con mimo y amor. Están preciosos y cada día que pasan más grandes y gorditos.

Una vez termino de besuquear a todos aquellos y hacerles mimitos, me acerco a Víctor que, tras haber preparado unas copas, me espera en el sofá y tirándome a su lado, doy un trago de mi vaso, después apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y murmuró.

—Vaya día...

Víctor asiente. En el hospital hoy hemos tenido un día de locos y apoyando como yo la cabeza en el respaldo mirándome cuchichea.

—Me gusta tu profesionalidad con los pacientes.

—Gracias —sonrió—. La tuya tampoco está mal.

Con complicidad nos miramos. Ambos somos profesionales en lo nuestro, cuando suelta.

—Menudo susto me diste cuando te atragantaste en la cafetería.

Al recordarlo suspiro y asiento.

—Yo también me asusté.

En silencio quedamos, hasta que yo, deseosa de sexo, me siento a horcajadas sobre él y mirándole cuchicheo, mientras comienzo a repartir pequeños besos por su rostro.

—Pero ahí estabas tú, para...

No puedo decir más, su boca busca la mía y como si no hubiera un mañana me besa y yo siento que me voy a morir de gustirín.

Por Dios... por Dios ¡cómo besa este hombre!

Un beso...

Dos...

Siete...

La temperatura sube entre nosotros a la velocidad del rayo.

¡Oh sí nene... no pares!

Si algo me gusta en el sexo es estar con un hombre AIV. Ardiente, impulsivo y vehemente.

A mí, los hombres SAE. Sosos, aburridos y egoístas no me van, y por suerte el "Bombón Caliente" es un AIV de los buenos.

Nuestras ropas vuelan...

Nuestras manos vuelan...

Nuestras mentes vuelan...

Y finalmente nuestros cuerpos... ¡vuelan!

Hacemos el amor sobre el sofá con gusto, placer, morbo y locura.

Nuestra conexión a la par que nuestro juego es impresionante, mientras damos y recibimos placer a raudales y disfrutamos de lo que nosotros mismos provocamos.

¡Sexo del buenoooooooooooo!

Acabado el primer asalto, quedamos abrazados sobre el sofá con las respiraciones entrecortadas y cuando me separo de él para que el aire corra, sonriendo murmura.

—Eres increíble Duencecilla... increíble.

Sonrío... ¿Cómo no hacerlo?

Recuperando el aliento estamos cuando de pronto suena el portero de la casa. Víctor frunce el ceño y yo mirándolo pregunto.

—¿Esperas visita?

—No.

Se levanta conmigo entre sus brazos y cuando comienza a caminar conmigo a cuestras hacia la puerta me río, mientras las luces del pasillo se encienden a nuestro paso.

Divertida por aquello me estoy riendo cuando al llegar a la puerta, le da al botón de la cámara de la entrada y al ver quien está allí se me corta la risa.

Ante la cancela blanca está la Doctora Peña.

Incrédula lo miro. Me mira. No dice nada y yo, incapaz de callar, pregunto.

—¿Qué hace aquí?

La cara de circunstancias de aquel no tiene nombre y entonces recuerdo aquello de "Cuando el río suena, agua lleva".

Con un brusco empujón consigo librarme de sus brazos y bajar al suelo.

El portero de la casa vuelve a sonar y el buen rollito que teníamos segundos antes, se ha esfumado y mirándolo pregunto.

—¿La vas a abrir?

Víctor, mira de nuevo la pantalla donde aquella sale reflejada y finalmente responde con un escueto.

—Sí.

Bueno... bueno... bueno... lo que me entra por el cuerpo.

Aquello no puede estar pasando. Aquello es surrealista. La doctora Peña no puede verme allí y molesta pregunto.

—¿Estás liado con ella?

Víctor me mira, se retira el pelo del rostro y suelta.

—La realidad es que nos llevamos viendo desde hace tiempo.

Ay madre... Ay madre... ay madre ¡Que lo mato!

Nunca me ha gustado ser la tercera en discordia.

Nunca me ha gustado ese juego sucio que otras personas se traen con sus parejas porque siempre he tenido muy claro eso de "No hagas a los demás, lo que no quieras que te hagan a ti" y mirándolo siseo furiosa.

—Perfecto doctorcito ¡perfecto! Y si sales con ella ¿qué narices hago yo aquí?

Víctor me mira. Oh Dios... las ganas que me están entrando de patearle el culo.

—¿Puedes quedarte?

Parpadeo. Ha dicho lo que ha dicho e incrédula pregunto.

—¿Qué?

Víctor asiente y con una tranquilidad pasmosa responde.

—Peña y yo en ocasiones hemos estado con un tercero.

La madre que pario a Peña a Peña y a todas su familia; pero que me esta este proponiendo este: Acalorada y no por lo de minutos antes, intento no parecer más tonta de lo que ya me siento y siseo.

—Olvidalo. Yo decido con quien jugar.

Y enfadada y conteniendo mis más oscuros instintos asesinos regreso al salón. En menos de quince segundos recojo las bragas, el sujetador, el pantalón, la camisa y cuando meto mis zapatos en mi bolso, regreso a la puerta y siseo en pelotas todavía.

—Voy a meterme en el baño y cuando entréis los dos en el salón me voy —y señalándole con el dedo gruño—. Y que te queden claro tres cositas bonito. La primera, olvídate de mí. La segunda, yo elijo con quien hacer un trío o un quinteto. Y la tercera, como le digas Peña que yo he estado aquí, te juro por Dios que te hundo en el hospital.

El portero de la casa vuelve a sonar. Peña se impacienta y yo dándome la vuelta camino hacia el baño con la dignidad que me queda y cierro la puerta. Una vez sola tiemblo, tiemblo como una hoja, pero me visto a la velocidad del rayo.

Un par de minutos después escucho la voz de la doctora Peña entrando en la casa llamándolo amor y a Rubia ladrar.

Atenta a las voces de aquellos estoy y, cuando oigo que se alejan, abro con cuidado la puerta del baño y al salir me encuentro a Rubia esperándome. Mi chiquitita mueve el rabito al verme y yo agachándome murmuro.

—Me tengo que ir cariño. Cuida de tus chiquitines.

Rubia con su lengua me cruza la cara y yo sonrío. Sin poder evitarlo la abrazo, me despido de ella y le doy un beso en su cabezota. Después corro hacia la puerta mientras las puñeteras luces del pasillo se encienden a mi paso.

En sigilo abro la puerta de la calle cuando de pronto Víctor asomándose por la puerta del salón me mira. Nos miramos unos segundos y entonces este dice.

—Tranquila Peña, se encienden por Rubia.

Una vez salgo y cierro la puerta, ofendida y ofuscada salgo de la parcela y una vez huyo totalmente de ella, me paro, miro hacia atrás y sin querer evitarlo susurro.

—Maldigo M CCP.

¿Qué que es M CCP?

Pues como se dice en mi pueblo un Maldito Cabroncete Con Pintas.

Capítulo 9

Qué mosqueo llevo

Me miro en el espejo del baño de mi casa y hasta yo misma me insulto.

¿Pero cómo puedo ser tan tonta?

¿Cómo puedo estar pensando en el imbécil del "Bombón Caliente", cuando aquel seguro que ha pasado una estupenda noche con la doctora Peña?

Insultándome estoy cuando mi compañera de piso Tina, llama a la puerta.

— ¿Te queda mucho?

Su voz me hace dar cuenta que o termino pronto o todas llegamos tarde al trabajo y resoplando respondo.

— ¡Ya voy!

Dos segundos después, abro la puerta y las caras de Tina y Bego están expectantes. No entienden qué me pasa y sabedora de que necesitan unas palabras digo.

— Tranquilas. Una mala noche la tiene cualquiera.

Ninguna dice nada.

Ninguna intenta indagar.

Llevamos el suficiente tiempo juntas, como para saber que cuando necesitamos desahogarnos estamos allí y yo no quiero hablar.

Cuando salimos de casa, Bego y yo como siempre nos vamos al Metro y sumidas en nuestros pensamientos llegamos hasta a mi parada y tras guiñarle un ojo, me bajo del tren.

Diez minutos después ya estoy en el hospital cambiándome de ropa.

Hoy tengo el día tonto por no decir gruñón, menos mal que mañana lo tengo libre y cuando llego al control de enfermeras no sé si salir corriendo o liarme a guantazos.

Allí está el doctorcito de las narices, tan pancho, hablando con Luisa. Al entrar me mira, lo miro, doy los buenos días, ambos saludan y para huir me meto en la sala de incubadoras.

Con mimo miro a mis chiquitines. A esos guerrerillos que por una cosa y otra, no pueden estar con sus mamis en la habitación nada más nacer y están allí con nosotras.

Abstraída estoy mirando a una pequeña que apenas pesa un kilo cien y es una gran Guerrera por lo mucho que lucha por salir adelante, cuando escucho a mi espalda.

— Cada día está mejor y más fuerte.

¡Joder!

¿Pero por qué?

¿Por qué me tiene que seguir el puñetero doctorcito?

Con una fingida sonrisa lo miro, no puedo obviar que estoy en el trabajo y respondo.

— Sí, doctor tiene toda la razón.

Moviéndome con celeridad, me acerco a otro chiquitín, le coloco mejor la venda que tiene cubriéndole los ojos cuando aquel vuelve a decir.

— Escucha Duendecilla...

Ah... ¡eso no!

Y volviéndome a mirarlo con todo el enfado del mundo, tras ver que no hay nadie cerca, siseo.

—Mi nombre es Alicia, doctor Molina, haga el favor de recordarlo.

Su sonrisa se ensancha y siento una necesidad imperante de borrarla de un manotazo, pero claro, si hago eso, a la que borran de la nómina del hospital es a mí, por lo que conteniéndome me muevo hacia la siguiente incubadora.

—De acuerdo Alicia —insiste en voz baja.

—Por favor... deje de seguirme.

Vuelvo a cambiar de incubadora, pero nada, me sigue y suelta.

—Solo si vienes esta noche a mi casa. Allí podemos hablar y...

—No tengo nada que hablar con usted.

—Mujer...

Oy dios mi oído me dice que existe la mala leche que está poniendo desde prim

Pero sin dejarme llevar por mi mala leche, lo miro y cuchicheo.

—Olvídese de mí, como yo ya me he olvidado de usted.

Lo oigo reír.

¿A que le suelto un sopapo?

Y antes de que diga nada, mirándole le suelto.

—Ni que usted fuera el único hombre en el mundo con el que poder acostarse.

Woooooooooooo ¡la sonrisa se le corta!

Creo este AIV no está acostumbrado a escuchar aquello y finalizo con más cara que espalda.

—Hombres para tener sexo... me sobran.

Y sonriendo ahora yo, me doy la vuelta y salgo de incubadoras.

¡Para chula y matadora yo!

Un par de minutos después, sale él de incubadoras y sin mirarnos a mi compañera y a mí se marcha. En ese momento respiro y me tranquilizo.

A media mañana se nos presenta una cesárea de urgencia y como profesionales que somos, atendemos a la paciente. En el quirófano somos un equipo, aunque nuestras miradas en ocasiones siento que nos molesten a los dos.

Cuando el celador se lleva a la mami y mi compañera al bebé en una cunita, ambos nos quitamos las batas de quirófano, los gorros y nos dirigimos hacia el ascensor. Durante treinta segundos estamos en silencio esperándolo, cuando de pronto me suena el móvil. Es Paco y sonriendo respondo.

—¿Qué pasa guapo?

Paco, uno de mis AIV preferidos, me invita a ir con él a una fiesta temática de la película 'Grease' y sin dudarle, acepto, al día siguiente libro y tengo todo el día para recuperarme.

Salir de fiesta con Paco es sinónimo de ¡fiestón! por lo que quedo con él a las diez en el portal de mi casa, mientras con disimulo veo a través del espejo que hay frente a mí que el doctorcito, está escuchando mi conversación.

Una vez cierro mi móvil con una sonrisa en los labios, aquel sin tocarme pregunta.

—¿Vas de fiesta esta noche?

Bueno... bueno... ¿Pero qué pretende este? ¿Que le guarde luto? Y con esa chulería

que Dios me ha dado, asiento y afirmo.

—Pues va a ser que sí.

Mi respuesta lo desconcierta. Lo dicho, este no está acostumbrado al ¡no! Y molesto, cuchichea.

—Creo que tú y yo deberíamos hablar.

Directamente niego con la cabeza. Como diría mi Bego ¡Paso Payaso! Y dándome la vuelta me dirijo hacia las escaleras. No quiero bajar con él en el ascensor.

El resto del día, siento su reprochadora mirada cada vez que nos cruzamos, y eso no sé por qué ¡me excita! Y me hace saber que le molesta lo que voy a hacer, pero me da igual. Ni soy su novia, ni tengo que rendirle cuentas.

Al acabar mi jornada de trabajo me encamino hacia el cuartito donde nos cambiamos. Una vez me cambio de ropa, cojo mi bolso y salgo del hospital. Voy caminando hacia el metro cuando un coche azul, se para a mi lado y al mirar veo que es Víctor. Rápidamente aquel abre la puerta del copiloto y mirándome, dice.

—Por favor, sube.

Incrédula lo miro.

¿Pero este tío se cree que yo voy a perder el culo cada vez que me llame?

Ah no ¡ni de coña!

Por lo que con una sonrisa me acerco al coche, lo miro y tras cerrar la puerta de un portazo, cuchicheo.

—Adiós doctor Molina.

Y sin más, sin mirarlo, sin darme la vuelta, sigo caminando hacia el metro.

Quiero llegar a mi casa, ducharme, cambiarme e irme de fiesta con Paco y eso nadie lo va a cambiar ¿o sí?

Capítulo 10

Paco, como siempre que llega cuando va a buscarme, me manda un mensaje. Al recibirlo Tina que me está pintando dice.

—Dame un minuto que termino de ponerte el eyeliner.

Sin moverme, espero. Tina es una excelente maquilladora y peluquera y cuando termina y me miro al espejo, boquiabierto me quedo al ver el resultado final y murmuro.

—Madre mía... estoy castigadora.

—Ya te digo —sonríe Tina—. Estás hecha para vestir de cuero.

Incrédula pero encantada de verme tan estupendosa, corro hacia el salón donde Bea, está cenando una sopa y pregunto.

—¿Cómo me ves?

La fiesta a la que voy el tema principal es la película Grease, por lo que me he rizado el pelo, me he puesto un pantalón y un chaleco de cuero sin nada debajo y mis botas de lagartona. Lo de lagartona lo dice mi madre cuando me las ve puestas.

—Madre mía Alicia ¡estás impresionante! —suelta.

Sonríe. Me encanta escuchar aquello. Por Dios ¡que egocéntrica soy!

Pero ¡qué narices! Quiero estar guapa, divina y atractiva.

Tina se acerca con algo en la mano y me dice.

—Toma... ponte mi cazadora de cuero roja. Te dará un toque estupendo.

El toque, que me da es de zorrón verbenero ¡pero me gusta!

¡Vivan los zorreros verbeneros!

Encantada acepto la cazadora. Me la pongo, me miro en el espejo y sonriendo, afirmo.

—Nena... esta noche mandas tú.

Tina y Bego se ríen.

Ese nena y lo que le sigue es nuestra frase matadora. Es la frase que utilizamos la noche que salimos a ligar y queremos sexo.

—Sin duda, Paco... hoy pilla —se mofa Tina.

—Ya te digo —afirmo yo encantada.

Tras despedirme de aquellas, cojo un pequeño bolso y salgo de mi casa. Me cruzo con un par de vecinos que me miran sorprendidos y yo simplemente les sonrío conocedora de la pinta que llevo. Menos mal que mi madre no me ve.

Una vez en la calle, veo a Paco, a mi Pacote, sentado en su moto en la acera de enfrente con un tupé y unas pintas a lo Travolta que me hacen reír y cuando me ve suelta un Fiiuuu... Fiiuuu de esos que te hacen saber que eres un pibonazo en toda regla.

Cuando voy a cruzar la calle, de pronto un coche azul para ante mí.

Al mirar me encuentro con el doctorcito que boquiabierto me mira de arriba abajo. Veo la sorpresa en su cara, cuando segura de mí misma, le guiño un ojo y pregunto.

—¿Qué haces en la puerta de mi casa y qué quieres?

Mirándome el canalillo del chaleco está cuando embobado sube sus ojos a los míos

Madre mía... madre mía... cada día me cuesta más reponerme de mis juergas.

Estoy sola en casa, Tina y Bego están en el trabajo y tras pasar por la cocina y calentarme un caldito de cocido en el microondas, me tiro en el sillón. No me apetece hacer nada más. Durante un rato miro la tele y me entero de los últimos cotilleos del corazón.

¿En serio ésta está liada con este, mientras que este está liado con aquel?

Boquiabierta sigo el programa cuando me suena el móvil y al mirar leo Superman.

¿Pero qué narices quiere el pesado del doctorcito ahora?

Durante horas llama en varias ocasiones y al final decido quitarle el sonido al aparatito y olvidándome de él me acurruco en el sofá y me vuelvo a quedar frita.

Al día siguiente cuando llego al hospital estoy de buen humor. Salir de fiesta siempre me reactiva las pilas. Tras saludar a Marieta me dirijo a mi puesto de trabajo y en el control de enfermeras me encuentro con el doctorcito hablando con Luisa.

Como días antes hice, con profesionalidad saludo y después me escabullo dentro de la sala de incubadoras a ver a mis pequeños Guerrerillos. Abstraída estoy leyendo el informe de uno de ellos cuando oigo que la puerta se abre y veo que entra él.

Maldigo. No quiero ni que me hable.

En silencio cada uno mira una incubadora cuando la puerta de la sala se abre y Luisa mirándole dice.

—Doctor Molina, la paciente de la 328 ya está en quirófano preparada.

Veo que asiente, Luisa se va y cuando voy a caminar hacia la puerta para comenzar mi trabajo, este con gesto serio se interpone en mi camino y dice.

—A partir de hoy Luisa pasa a formar parte de mi equipo y usted del doctor Reverte.

Sorprendida lo miro y murmuro.

—¡¿Qué?!

Víctor me entrega un papel en el que ha solicitado el cambio, se lo han concedido y afirma.

—Aquí el dueño de mi equipo, mi paciente y mi quirófano soy yo. Será una manera de no molestarnos mutuamente.

Parpadeo. Alucino con lo que me ha dicho y mirándole pienso mientras se va.

Mecagoentiye todafamiliamalditochulerasrevenío.

Capítulo 11

Por suerte para mí soy todo terreno y en diez días estoy integrada en el equipo del doctor Reverte, que todo sea dicho es un cachondo en el quirófano.

Nunca había trabajado con él y ahora que lo hago ¡me encanta!

Desde el primer día Reverte me hace la vida fácil en el trabajo y aunque no quiero echarle cuentas, siento que eso a Víctor le molesta por la cara de ajo con la que nos mira cuando nos ve de buen rollito. Pero oye, a mí me da igual, él pidió el cambio ¡que apechugue con las consecuencias!

Muchos días el doctor Reverte al acabar la jornada de trabajo, se apunta a las copas que los compañeros nos tomamos en la cafetería de enfrente y soy consciente de lo querido y respetado que es por todos.

Una de las tardes cuando estoy terminando de rellenar el parte de incidencias para el siguiente turno, veo entrar a Víctor en el control de enfermeras y le escucho preguntar.

—¿Ya terminas?

—Sí —afirmo sin mirarlo.

La tensión se corta en el ambiente y se mete en el cuarto de las incubadoras. Eso me relaja.

En ese instante Luisa, mi compi llega y sonriendo dice.

—Me ha dicho el doctor Reverte que te dijera que están tomando algo en la cafetería de enfrente y te esperan.

Asiento y mirando a Luisa pregunto bajando la voz.

—¿Qué tal con el doctor Molina?

Luisa, lo mira, suspira y murmura.

—Bien. Aunque es un poquito tiquismiquis en el quirófano.

Eso me sorprende. Trabajar con Víctor siempre ha sido fácil, cuando aquella dice.

—Te dejo. Hoy doblo. Tengo que devolver a Rosa el turno que me hizo.

Aquella se aleja cuando la puerta de las incubadoras se abre y Víctor mirándome pregunta con gesto ofuscado.

—¿No crees que irte de copas con tu superior no es muy profesional?

Incrédula lo miro.

Está visto que tiene ganas de discutir conmigo y como la víbora que soy en ocasiones, sonrío y consciente de que nadie nos escucha respondo.

—Con otros me he acostado. Eso sí que no es profesional.

Incrédulo por lo que he soltado maldice y se marcha del control de enfermeras a toda pastilla mientras yo sonrío y suspiro por mi maldad.

Una vez salgo del hospital sin dudarlo voy a la cafetería donde el doctor Reverte, junto a Marieta y algunos se toman algo. Me niego a dejar de hacer algo que para mí es inocente por mucho que le moleste al doctorcito.

Reverte que es un hombre de unos sesenta años, tipo Sean Connery, canoso, grandote y guaperas, al verme dice.

—Ya llegó la luz de mi quirófano.

Eso me hace sonreír.

¡Qué achuchable es!

Durante un buen rato hablamos y disfrutamos de un rato distendido, cuando de pronto veo que entra en la cafetería la doctora Peña.

Sin cambiar mi gesto ni dejar de sonreír sigo a lo mío, cuando aquella se sienta con nosotros y rápidamente se integra en la conversación. La miro. Llama mi atención y aunque me jorobe admitirlo, la tía es simpática y tiene una sonrisa preciosa. Relajándome estoy tras la aparición de aquella cuando aparece Víctor.

¿Pero qué hace aquel allí?

Víctor con su característica sonrisa de siempre se sienta con nosotros y yo ya no sé si reír o llorar, cuando el doctor Reverte que está a mi lado mirándome pregunta.

—¿Tienes novio Alicia?

Boquiabierta lo miro. Todos lo miran y este aclara.

—No estoy intentando ligar con ella ¡mal pensados!

Todos sonríen. Yo la primera y al ver que espera respuesta respondo.

—No. No tengo novio.

Reverte asiente y guiñándome un ojo dice.

—Perfecto. He quedado con mi hijo Yago aquí, y me encantaría presentártelo.

La doctora Peña al escuchar aquello gesticula y cuchichea.

—Alto, guapo, piloto de aviones. Yago es un bombón ¡Ya lo verás!

—Ay mi niña... que de esta la casamos —suelta Marieta.

Eso me hace sonreír y sin mirar a Víctor que bebe de su cerveza, digo mirando a Reverte.

—Te agradezco el detalle pero prefiero que se lo presentes a otra.

Reverte sonríe y mirando hacia la puerta murmura.

—Como ya está aquí, de momento te lo voy a presentar a ti.

En ese instante la puerta de la cafetería se abre y ante nosotros aparece la réplica exacta de Matt Bomer.

¡Madre mía... madre mía!

Jesúsitodemividamadremiaquepivónmetiemblanlaspatejasyaestemelocomoyo.

La descripción de la doctora Peña se ha quedado corta, muy corta, cuando aquella levantándose saluda encantada de la vida.

—Hola Yago, qué alegría verte por aquí.

Marieta, que es tan impresionable como yo, me mira. Yo parpadeo y cuando todos se levantan a saludar al recién llegado acercándose a mí cuchichea.

—Como digas que no a salir con este bombón, te juro por lo más sagrado que te retiro el saludo de por vida.

Me entra la risa. No lo puedo remediar y mis ojos y los de Víctor se encuentran.

Su mirada es tensa, oscura, siniestra. Siento que le molesta lo que está pasando y encantada con aquel descubrimiento sonrío con maldad.

¡Anda y que le den por donde amargan los pepinos!

Reverte presenta a su hijo y cuando llega a mí dice.

—Y ella es Alicia. La preciosa enfermera de la que te hablé el otro día.

Yago me mira.

Madreeeeeeeequesofoquinaaaaaaa.

Yo lo miró con frescura, con soltura e indiferencia y sin dejarle ver lo mucho que me impresiona, saludo con la mejor de mis sonrisas.

—Encantada de conocerte.

Yago, se acerca a mí. Woooo ¡qué bien huele!

Me da dos besos y afirma.

—El placer es mío. He escuchado tanto a mi padre hablar de ti, que al final necesitaba conocerte.

Divertida miro a Reverte y este encogiéndose de hombros indica.

—Me gusta la gente profesional y tú Alicia, lo eres. Y si a eso le sumo que eres una preciosa jovencita ¿cómo no iba a querer presentársela a mi hijo?

Sonrío. Me siento halagada y tras mirar a Víctor que está muy serio, estoy por gritarle.

¿Y ahora qué chulito?

Asiento. Entiendo su guiño de ojo y sonrío y cuando Peña se levanta y se va junto a Víctor, Marieta cuchichea.

—Bueno... bueno... ¡confirmado lo de Peña y Molina!

—Y yo que no me lo creía —murmura Silvia.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta Lorena al ver mi gesto.

Yo consciente de que paso de movidas, niego con la cabeza y me hago la sueca ¡es lo mejor!

Dos horas después, tras haber ayudado al doctor Reverte en una cesárea gemelar, una vez llego al control de enfermeras, Luisa entregándome un papelito dice.

—Ha llamado Yago. ¡Qué simpático! —sonrío—. Dice que lo llames a este teléfono.

Sin dudar lo saco mi móvil del bolsillo y marco. Dos timbrazos y cuando oigo la varonil voz de aquel saludo.

—Hola, soy Alicia.

—Hola preciosa, esperaba tu llamada.

Encantada sonrío y me enfrasco en una conversación con aquel. Hablamos del tiempo, de restaurantes y de todo lo que se nos antoja. Yago es un encanto, cuando Víctor aparece por el control de enfermeras y se sienta a mi lado. Boquiabierta lo miro y tapando el auricular pregunto.

—¿Quiere algo doctor Molina?

Con chulería aquel me mira, mueve la cabeza y responde.

—Estoy esperando a Luisa ¿Molesto?

Incrédula indico.

—Estoy hablando por teléfono.

Víctor se encoge de hombros y abriendo un libro que se saca del bolsillo de la bata dice.

—Por mí no hay problemas. Puedes continuar.

Durante varios minutos continúo mi charla con Yago y quedamos en que lo llevo al restaurante hindú que me ha comentado Peña, pero mi tranquilidad se ha esfumado. Ya no soy capaz de reír y bromear con aquel, estando el otro con la oreja puesta y digo.

—He de dejarte Yago. A las nueve nos vemos. Un besito.

Dicho ésto cuelgo el teléfono y me levanto. Estoy incómoda y mirando a aquel que lee tan pancho a mi lado pregunto.

—¿Doctor Molina va a estar usted aquí?

Víctor me mira y pregunta.

—¿Por?

Deseosa de alejarme de aquel, cojo un papel que hay sobre la mesa e indicó.

—He de bajar a farmacia a por ciertas cosas y...

—Ve... yo estaré aquí.

Sin tiempo que perder, no sea que cambie de opinión, me doy la vuelta y me piro. Al llegar a farmacia está cerrada, pero siguiendo las instrucciones que pone en el papel que hay pegado en la puerta, consigo la llave y entro en farmacia para coger lo que necesito.

Buscando leche en polvo para neonatos estoy cuando escucho decir a mis espaldas.

—Alicia...

Sobresaltada me doy la vuelta y llevándome la mano al corazón, al ver a Víctor allí murmuro.

—Por Dios... ¡qué susto me ha dado doctor!

Víctor no se mueve. Yo tampoco, cuando aquel dice.

—¿En serio vas a cenar esta noche con Yago?

Incrédula lo miro y afirmo.

—Sí. Y si no le importa. Prefiero no hablar de mi vida privada.

—Alicia...

—Doctor Molina —lo corto—. Preferiría que guardara las distancias —y al ver su sonrisita añado bajando la voz—. Es mejor que se tutee con las personas que practique tríos o cuartetos.

Dándome la vuelta prosigo mi búsqueda de leche en polvo, cuando siento que sus manos agarran mi cintura, me da la vuelta y siseo.

—O me sueltas o...

Pero no puedo decir más. Víctor aprisiona mi cuerpo entre la estantería y su cuerpo y me besa.

Durante unos segundos me siento perdida, drogada ¡atontada! Hasta que nuestros cuerpos se acoplan a la perfección e incapaz de cortar aquel beso, lo potencio.

Un beso...

Dos...

Tres...

Ay Diosssssssssss ¡quemegustaquemegustayquemegustaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Lo deseo... me desea y cuando mis manos vuelan al cinturón de su pantalón, me paro, lo empujo y gruño.

—¡Se puede saber qué narices quieres!

Víctor sonrío, se acerca de nuevo a mí, vuelve a pasar su boca por la mía y murmura.

—Quiero lo mismo que tú.

Me besa. No lo rechazo.

Ay Diosssssssssssssssssssss ¡quenopuedonopuedonopuedoooooooooooooooooooo!

Disfruto de aquel sórdido y caliente beso y cuando nos separamos oigo que dice.

—Anula la cita y cena conmigo. Yo te llevare al hindú.

Woooooooooooooooooooo ¡ni en el mejor de mis sueños imaginé al doctorcito encelado!

Sentir que de pronto soy importante para aquel me hace gracia y mirándolo pregunto.

—¿Qué tal si cenamos mañana?

Víctor niega. No quiere e insiste.

—No. Cenamos hoy.

Eso me hace gracia. Dejo que me bese de nuevo y cuando el beso acaba, respondo.

—Lo siento pero hoy tengo una cita.

—Lo sé. ¡Anúlala!

—No puedo.

—¡Puedes! —insiste aquel.

Nos miramos...

Nos tentamos...

Y entonces su chulería y arrogancia pueden conmigo y respondo.

—No. No voy a anularla. Si quieres cenar conmigo lo harás mañana. Hoy tengo una cita con Yago y no pienso anularla ni por ti, ni por nadie.

Dicho esto ¡estoy por aplaudirme! ¿Pero quién se cree ese tío para ordenarme a mí?

Con gesto serio asiente. No le ha gustado lo que ha escuchado cuando dice.

—Mañana no ¡hoy!

Niego con la cabeza. A cabezota no me gana ni Dios y encogiéndome de hombros respondo.

—Pues mala suerte, otra vez será.

Dicho esto, cojo dos botes de leche en polvo que necesito para mis bebés y mirándole, le guiño un ojo con chulería y afirmo sonriendo.

—¡Los encontré!

El resto de la tarde, cada vez que se cruza conmigo me mira con un gesto que uf... ¡me pone a cien! Pero no... no... no... no pienso claudicar.

¡Andayqueleondulenconlapermanenypasuavizarlequeledenconcrem!

Esa tarde cuando termino mi turno estoy dispuesta a pasármelo de lujo con Yago.

Antes de salir del hospital, curiosamente me vuelvo a cruzar con el doctorcito. Misma mirada. Mismo levantamiento de ceja y misma indiferencia por mi parte. ¡Eso me sale de fábula!

Cuando salgo del hospital allí está Yago y su preciosa sonrisa. Encantada me acerco a él, le doy dos besos y segura de mí misma y olvidándome del moreno que dentro del hospital tiene las pulsaciones a mil, digo.

—Vamos... te voy a llevar a un restaurante hindú, que me han dicho que es una pasada.

Capítulo 13

Madre mía... madre mía.

El restaurante no puede ser más hortera y optamos por cenar en uno de los reservados que están separados por cortinas color canela.

La estancia parece el saloncito de un palacio hindú o mejor, el decorado de una película bollywoodiense.

Es más, en cualquier momento espero que salgan los guapos morenazos de las pelis vestidos con sus trajes de vivos colores y nos bailen una cancioncita moviendo sus cuellos y sus manos a lo ¡aserejé!

Yago, al ser piloto comercial ha viajado más que yo y por suerte ha estado en la India y conoce su gastronomía. Me explica los distintos platos que en la carta pone y al final nos decidimos por pedir entre otras cosas, algo llamado pakoras y pollo al yogur con jengibre y limón.

¡Pinta bien!

Diez minutos después cuando lo traen, aquello tiene una pinta estupenda y comenzamos a comer cuando dice.

—Cuéntame algo de ti.

Tras masticar el trocito de pollo al yogur, que todo sea dicho está de muerte, lo miro y pregunto.

—¿Y qué quieres que te cuente?

Yago sonrío.

Yo también.

No sé qué contarle cuando de pronto pregunta.

—¿Sales con alguien?

Aquella pregunta directa me hace gracia y sin apartar mi mirada de él indico.

—Salgo con amigos. Un ejemplo tangible, esta noche estoy cenando contigo y...

—¿Alguno especial?

Sonrío.

Él no.

Pienso en Paco. Mi Pacorro es un amigo con derecho a roce pero poco más e irremediablemente pienso en el doctorcito. Ese ni es amigo, ni es nada pero pensar en él me turba, me pone nerviosa y quitándomelo de la cabeza respondo.

—No.

Yago sonrío.

Yo también y mirándome pregunta.

—¿Entonces puedo besarte?

Ay... Ay... Ay... qué monooooooooooooo ¿y me pregunta y todoooooooooo?

Me entra la risa, cuando soy consciente de que el puñetero doctorcito está en mi pensamiento y hasta incluso mi nariz parece olerle.

¿Pero me estaré volviendo loca?

Yago no me quita ojo. Espera contestación y yo nerviosa porque Víctor este presente sin yo quererlo, acerco mis labios a los de aquel pedazo de hombretón, le doy

un dulce beso en los labios y cuando me separo murmuro.

—Beso con sabor a pollo con jengibre ¿Qué te parece?

Yago sonrío, asiente y con una mirada que hace que Víctor desaparezca de mi mente de un plumazo, en un tono bajo de voz susurra.

—Sabroso, excitante y tentador.

Ay... Ay... Ay...

¡Ayloquemehadichooooooooooooooooooooo!

¡Aycomomeponeeeeeeeeeeeeeeeeeesumiradaaaaaaaa!

¡Ayquemevuelvolocalocalocaaaaaaa!

Me entran los calores de la muerte.

Yago sí que es sabroso, excitante y tentador y por cómo me mira, siento que es un tsunami en la cama.

¡Madrecita!

Acalorada estoy, cuando Yago que ya se ha lanzado besándome el cuello susurra.

—He visto que el restaurante al que me has traído también es hotel ¿indirecta o simple casualidad?

¡Woooooooooooooooooooooquemedaaaaaaa!

Sonrío...

¡Uf qué calor lo que me estoy imaginando!

Y sacando esa vena sensual y descarada de la que soy dueña y me gusta disfrutar, respondo.

—En ocasiones las casualidades son simples directas.

¡Toma yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa lo que he soltado!

Yago asiente, me mira y sonrío.

¡Qué bribón!

Está más que claro que ambos jugamos en la misma liga y tras darme un beso que me hace temblar hasta el esmalte de las uñas de los pies, levantándose dice.

—Dame dos segundos y la cena la terminamos en una habitación.

Le doy dos, cuatro, diez ¡los que pida! Y antes de que salga del reservado, le miro el trasero con descaro.

Por Dios... por Dios... lo tiene que tener duro como una piedra y bebiendo de mi copa de vino murmuro acalorada cuando él desaparece.

—Eso es nene, alégrame la vista y en cinco minutos el cuerpo.

Sonriendo estoy por lo que he dicho y por lo que sé que va a pasar, cuando de pronto oigo detrás de mí.

—No me lo puedo creer.

Esa voz...

Rápidamente me voy la vuelta, retiro la cortina color canela que nos separa del reservado de detrás y al ver a Víctor incrédula voy a hablar cuando este enfadado sisea.

—¿Que te alegre la vista y el cuerpo? Oh por favorrrrrrrrrr...

Incrédula lo miró. No estoy loca. Mi nariz lo que olía era su colonia cuando insiste.

—¿En serio te vas a acostar con ese tipo?

Alucinada y sorprendida, me levanto y retirando totalmente la tela canela, me planto ante aquel que cena solo en el reservado de al lado y pregunto.

de perder totalmente la consciencia es la voz de Yago que dice:
—Llémosla a la habitación y..

Ambos asienten, me sueltan, entro al baño y cierro la puerta.

Una vez fuera del campo de visión de aquellos con los que tan bien me lo estaba pasando en mi húmedo sueño erótico abro el grifo y me echo agua en la cara. Tengo que espabilarme y sobre todo, olvidarme de esa locura.

Cinco minutos después, salgo del baño. Estoy mucho mejor.

Yago está hablando por teléfono y Víctor al verme se levanta de la cama, se acerca a mí y entregándome una bolsita de gel frío que le han dado los del restaurante dice.

—Póntelo en el chichón, te vendrá bien.

Lo sé y lo hago. Y cuando el frío me hiela hasta el alma voy a protestar cuando dice con mimo.

—Vaya golpetazo te has dado, cielo.

—Doctor Molina, no me llame así —protesto.

Víctor no se mueve de mi lado y con gesto sobrio afirma.

—A ser posible, no me cabrees más.

Lo miro. Estoy por matarlo allí mismo por su contestación, cuando Yago, cierra el móvil, se acerca a nosotros y dice mirándome.

—Alicia, está visto que hoy no es nuestra noche.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

—Acabo de recibir una llamada del trabajo. Un compañero ha enfermado y me necesitan con urgencia para pilotar un vuelo a Pekín.

Asiento y sin dudarle murmuro.

—Pues ve. No te preocupes por mí.

—Yo la llevaré a su casa —afirma Víctor.

—No hace falta —protesto yo.

Pero Yago, mirando a Víctor insiste.

—Por favor, llévala, me quedaré más tranquilo si lo haces.

—Prometido —afirma Víctor sonriendo alejándose unos pasos.

Incrédula lo miro. Estoy por llamarle de todo menos bonito, cuando Yago acercándose a él dice.

—En cinco días regresaré. Prometo llamarte.

—De acuerdo —sonríó mientras sujeto el gel frío en mi chichón.

Yago y yo nos miramos. Nos vamos a besar, nuestras cabezas se acercan, cuando Víctor se mete en medio y jorobando el momentazo dice.

—Mejor bésala en la mejilla. Alicia necesita aire, no que se lo quites.

Yago, que es más bueno que un pan, sonrío, me da un casto beso en la mejilla, y tras guiñarme un ojo, sale de la habitación y se va.

Como una tonta me quedo mirando la puerta.

Mi cita se ha ido al garete y encima regreso con un chichón a casa. Consciente de ello soy cuando Víctor se acerca a mí y cuando va a agarrarme por la cintura, lo empujo como puedo y siseo.

—Ni tocarme. Ni rozarme. Llévame a casa y nada más.

Con una sonrisa aquel asiente y siento ganas de abofetearle.

¡Será imbécil!

Salimos del hotel, montamos en su bonito y caro coche y me lleva hasta mi casa en

silencio. Ninguno de los dos habla.

Al llegar a mi portal, es la una y cuarto de la mañana y dice.

—De acuerdo. No te desearé tampoco buenas noches.

Asiento. No quiero sus buenas noches y salgo del coche.

Una vez entro en mi portal y oigo que el coche arranca y se va, me siento desfallecer.

¿Pero cómo ha podido acabar la noche así?

Por suerte, mis compis están dormidas y no me ven llegar con mi maxi chichón, por lo que me desnudo y me meto en la cama.

A oscuras miro el techo y sin saber por qué sonrío y cerrando los ojos pienso.

Por favor por favor si es verdad que existes concédeme el deseo de dormir y continuar mi

Capítulo 15

Han pasado quince días desde el desafortunado ¡Zaparrás! que me metí en el restaurante hindú y, por suerte, el chichón ha desaparecido y la sensación de vergüenza también.

Yago regresó de su viaje pero apenas nos hemos podido ver más de tres horas seguidas y la verdad, no sé por qué pero me da igual.

El doctor Molina desde la noche del zaparrás en el restaurante hace por acercarse a mí sin incomodarme y eso me gusta y, aunque Yago es un amor y su padre me cae genial, yo en quien pienso es en el doctorcito y disfruto viendo cómo se acerca a mí de todas las maneras habidas y por haber.

Simplemente me dejo llevar por el momento mientras me siento como Julia Roberts en la película *Pretty Woman* y me gusta ¡es divertido!

Víctor pone todo de su parte para hacer que me fije en él, pero en el buen sentido de la palabra. Es galante, educado, no se propasa lo más mínimo y sobre todo maneja muy bien el poder de la mirada. Un poder que solo los más osados saben manejar y que sin duda, él maneja muy, pero que muy bien.

También me sorprende enviándome flores a casa y la noche en que me encontré un sobre con algo dentro ¡creí morir!

¿Pero qué es eso?

Una vez quedo sola en mi habitación y me siento a solas sobre mi cama con el sobre en las manos, lo abro y sacando una hojita leo.

Me dijiste que no habías visto mi película favorita, y aunque sea sin mí, quería que la vieras y disfrutaras de ella y de su excelente banda sonora. Víctor

Encantada miro la carátula de la peli y sonrío.

Víctor y yo hablábamos mucho de cine y música y recuerdo que me habló de su película preferida. 'Love Actually'. Durante unos segundos dudo si verla o no. La curiosidad me puede, pero estoy tannnnnnnnnnnnnnnnn cansada, que me acurruco en mi cama y me quedo frita.

Al día siguiente cuando llego al hospital veo a Víctor junto a su padre. Ambos están muy serios hablando en un lateral del pasillo. Ese gesto en Víctor es nuevo y eso me inquieta y más cuando Marieta, que es radio macuto, se acerca y pregunta.

— ¿Te has enterado?

Niego. No sé qué pasa y esta añade.

— Anoche le dio un infarto a la madre del jefazo, pero está bien.

Vale. Ahora entiendo los gestos cansados de Víctor y su padre y sin querer seguir cotilleando murmuro.

— Luego hablamos.

Tras mirar a Víctor por última vez me encamino hacia el cuartito donde me cambio de ropa y una vez lo hago voy a mi planta.

Nada más llegar, me encuentro con el doctor Reverte que mirándome dice.

— Vamos. Tenemos una paciente en el quirófano tres.

Sin dudarle, le sigo y cuando nos metemos en el ascensor pregunta.

— ¿Qué tal con mi hijo Yago?

Sonrí. Sonríe y respondo.

— Bien.

Mi respuesta no parece llenarle e insiste.

— ¿Pero bien... bien?

Oh...oh...

¿En serio me está preguntando si me lo paso bien con su hijo en la cama?

Y cuando voy a responder vuelve a insistir.

— Disculpa mi atrevimiento, pero los hijos... ya sabes...

No... la verdad es que no sé... porque no soy madre, pero sin querer hacerle un feo, le toco el brazo y cuchicheo.

— Tienes un hijo encantador y me lo paso muy bien con él.

Reverte sonríe, resopla y antes de salir del ascensor le oigo que cuchichea.

— La esperanza es lo último que se pierde.

¿Esperanza? ¿Qué esperanza?

Pero una vez llegamos al quirófano, tanto Reverte como yo, nos olvidamos de todo y con profesionalidad nos dedicamos a atender a una mujer, a la que al final le tenemos que practicar una cesárea de urgencia.

Esa tarde cuando mi turno termina me cruzo con Víctor y cuando voy a decirle algo, una compi de planta que pasa por allí dice.

— Doctor Molina ¿se va a casa?

Víctor asiente.

— Sí. Para cualquier cosa estaré allí.

Una vez se da la vuelta para seguir su camino se encuentra de bruces conmigo y aprovechando el momento pregunto.

— ¿Cómo está tu abuela?

Víctor mueve la cabeza.

— Está... que no es poco.

Ay pobre... Ay pobre...

Ahora que lo veo más de cerca soy consciente de sus ojeras, de sus ojos hinchados y de su gesto triste y sin saber por qué doy un paso adelante y lo abrazo. Lo abrazo olvidándome de donde estoy, de quien nos rodea, de quién es él y cuando siento sus manos rodeándome la cintura lo escucho decir.

— No sabes cuánto necesitaba tu abrazo.

Ayvirgencitadelamacarenaespiazaquemadaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Durante unos segundos permanecemos abrazados mientras siento las miradas indiscretas de algunas compañeras, pero no sé por qué me da igual y cuando nos separamos, Víctor con gesto cansado pregunta.

— ¿Viste la película?

— No.

— ¿Por qué?

Sabedora de que voy a cometer la locura más grande del siglo sonríe y murmuro.

— Porque esperaba a verla contigo.

Víctor alucina.

¡Yo ni te cuento!

Cuando él, sin perder el tiempo pregunta.

—¿Quieres venir a mi casa y la vemos? Tengo otra copia allí —no respondo e insiste

—. Prometo palomitas, cerveza y buena compañía.

Buenoooooooooooo... Buenoooooooooooooooooooo.

Lo miro. Sus ojitos me dicen lo cansado que está y me deshago cuando añade.

—Te juro que no me propasaré lo más mínimo. Solo veremos la película.

Madremiaaaaaaaaaaaaaaaaaquetentaciónnnnnnnnnnnnnnnnnnnnnmassanaaaaaaaaaaaaa

¿Y ahora quién es la guapa que se resiste a semejante invitación?

Yo desde luego no y consciente de que me faltan más de cuatro tornillos, indico.

—De acuerdo. Recógeme frente a la tienda de telefonía móvil de la esquina. No quiero que nos vean marcharnos juntos en tu coche.

Víctor asiente. No dice más.

Nos separamos y cinco minutos después me recoge donde le he dicho y yo con el corazón acelerado siento que estoy haciendo lo que quería hacer, aunque la cuestión es ¿estoy haciendo lo correcto?

Capítulo 16

Cuando llegamos ante la verja de su casa me sudan las manos.

Madremíaquénerviosaestoyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy.

Una vez tras pasamos la verja y aparca el coche, el corazón me late con fuerza cuando veo a la perrita y los cachorritos correr hacia el coche.

Madremíacuantohancrecidoooooooooooooooooooooo.

Encantada abro la puerta del coche y lo saludo. La perrita está preciosa. Me reconoce y salta feliz chupándome las manos mientras los cachorros corretean alocados a nuestro alrededor.

Una vez terminamos de saludarlos, Víctor y yo entramos en su casa y, cuando cierra la puerta, mirándome dice.

—Con el buen tiempo los tengo en el jardín. Mejor que hagan pipí y popó allí que encima del sofá. Me tenían esto como un campo de minas.

Eso me hace gracia, sonrío mientras las luces del pasillo se encienden a nuestro paso y llegamos al salón.

Una vez allí, me quedo parada como un pasmarote, cuando Víctor dice:

—Haremos palomitas ¿te parece?

—¡Genial!

En silencio lo sigo a la cocina y tras sacar de un mueble las mencionadas, las mete en el microondas y tres minutos después yo las echo sobre un bol que él me ha dado.

Una vez saca unas cervezas del frigorífico y tenemos las palomitas hechas, Víctor me mira y con una sonrisa que me encanta, indica.

—Ahora solo falta que nos sentemos a ver la película.

Sin rechistar asiento, regresamos al salón y este dice sentándose en su comfortable sillón.

—Si quieres quitarte los zapatos puedes hacerlo.

—No, gracias.

Víctor asiente, sonrío, se recuesta en el sillón y una vez me siento a su lado mirándome, dice.

—Ni te imaginas la ilusión que me hace que estés aquí conmigo.

Wooooooooooooooooo ¡cómo me miraaaaaaaaaaaaaaaaa!

Si algo me gusta de Víctor son sus miradas. Tiene el tipo de mirada que habla por sí sola y eso me encanta. Me gusta mucho y más cuando en un momento como aquel su mirada me dice que está como loco por besarme.

Nuestras miradas siguen conectadas.

Lo deseo. Me desea.

Y cuando siento que me va a dar uno de sus maravillosos besos, de pronto se vuelve a echar en el sillón y desconcertándome dice.

—He de cumplir mi promesa. Te prometí que no me propasaría contigo lo más mínimo y veríamos solo la película.

Bueno... Bueno... Buenoooooo ¿pero lo dice en serio?

Perosiyoquieroquesepropaseeeeeeeeeeeeeeeee.

Y sin darme opción a decir nada pregunta obviando mi gesto de alucine.

—¿Preparada para la peli?

Asiento, la pone y aunque reconozco que al principio estoy algo desconcertada, la película poco a poco me abduce y comienzo a disfrutarla como él.

¡Qué maravilla de película y qué buena banda sonora!

Mientras comemos palomitas y bebemos cerveza, reímos y nos emocionamos con ciertos momentos de la película y cuchicheando los comentamos. En un momento dado, hasta me quito los zapatos y me recuesto como lo está él en el sillón. Sin duda recostada y sin zapatos la película se ve mucho mejor.

Disfrutando estoy de la película cuando de pronto un ruidito llama mi atención y al mirarlo veo que se ha quedado dormido.

¡Ay pobre!

Tiene que estar agotado, pues la noche anterior con lo de su abuela sé que no durmió.

Con una sonrisa lo observo dormir y pienso en hacerle alguna perrería, pero al final desisto. No, no creo que sea buena idea, por lo que le dejo que siga durmiendo, mientras yo me centro en la película, pero el estar callada y recostada hace que me relaje tanto que sienta ganas de dormir como él.

Me resisto. ¡No puedo dormirme!

Pero una vez termina la película, en los créditos, me permito el lujo de cerrar cinco segundos los ojos y ohhhhh... ¡que gusto!

No sé cuánto tiempo pasa, pero por el sabor de mi boca, sé que me he quedado frita y abriendo los ojos asustada observo que Víctor sigue a mi lado dormido. Sin moverme suspiro cuando le escucho murmurar.

—Me alegra no haber sido el único que se ha dormido.

Al escucharlo sonrío y pregunta.

—¿Viste la película entera?

—Sí.

—¿Te gustó?

—Mucho —afirmo.

Él sonrío. Parpadeo y sin contener mis apetencias, me acerco a él, le doy un ligero beso en los labios y cuando voy a decir algo él pregunta.

—¿Por qué me tientes?

Divertida vuelvo a sonreír. El pobre tiene razón ¿Qué hago tentándole? Y segura de mí misma respondo.

—Anda, vete a la cama y duerme. Yo me iré. Estás agotado.

Voy a levantarme del sillón cuando él me agarra la mano. Nos miramos. Nos tentamos cuando él pregunta.

—¿Qué tienes con Yago?

Aiss... Yago... Yago... Yago...

Y tras ser consciente de que con aquel adonis de cara perfecta y cuerpo hercúleo no tengo más que una bonita amistad por mi parte respondo.

—No tengo nada.

—¿Y conmigo?

Wooooooooooooooooooooo ¡lo que me ha preguntado!

A este el sueñecito le ha dado fuerzas y como ve que no respondo insiste.

—¿Qué tienes conmigo?

Aún sujeta por su mano finalmente indico.

—Contigo tengo menos que nada.

Según digo eso, Víctor se incorpora en el sillón. Con su mano libre se echa el pelo hacia atrás y mirándome a los ojos susurra.

—Me gustas Alicia ¿todavía no te has dado cuenta?

Wooooooooooooooooooooo

Wooooooooooooooooooooo

Wooooooooooooooooooooo ¡lo que me entra por el cuerpo!

Quiero levantarme del sillón pero no puedo.

Mis puñeteras piernas me tiemblan por lo escuchado, cuando él me acerca a su cuerpo y tras besarme como si no hubiera un mañana me dice.

—Sé que te gusto tanto como tú me gustas a mí, pero también sé que no te fías de mí y necesito que eso cambie. Alicia, me... me muero de celos cada vez que sé que sales con Yago y...

—¿Pero qué dices? —lo corto y sin darle opción a hablar siseo—. Tú estás con Peña y a saber con cuantas más y a mí eso de los tríos y tal no me va porque...

No puedo hablar.

Su boca interrumpe mis palabras para besarme y Diosssssssssssssss ¡me dejo llevar por el beso! Y una vez acaba mirándome a los ojos cuchichea.

—Peña y yo no somos nada, y en cuanto a lo de los tríos he de...

Ahora soy yo quien lo besa. Me lanzo como una tigresa bengalesa y lo beso... lo beso y lo beso y cuando el beso acaba, ambos jadeamos bastante alterados, cuando Víctor murmura.

—Pasa la noche conmigo... por favor.

Ay ¡qué hago!... ¡¿Qué hago?!

Capítulo 17

Me pregunto mil veces ¿qué hago?

¿Me voy? ¿Me quedo?

Pero mi mente, mi cuerpo y mi morbo ya sabe lo que desea.

Víctor me mira.

¡Por favorrrrrrrrrrrrr que mirada tiene!

No quiere decidir por mí y, veo en su mirada que desea que sea yo quien tome la decisión de lo que va a ocurrir a partir de ese momento entre nosotros y la tomo ¡vaya si la tomo!

Lo beso... Lo beso... lo beso...

Y cuando mis besos no pueden ser más calientes y entregados, lo miro a los ojos y murmuro.

—Desnúdame.

Woooomamacitalindaquélanzadaestoyyyyyyyyyyyyyyy.

Víctor sonrío.

¡Qué canalla más guapo!

Pero no pierdo el tiempo no sea que yo vaya a cambiar de opinión, y una vez solo llevo puesto el tanga, lo paro y susurro.

—Ahora yo.

Y con más morbo que vergüenza lo desnudo. Lo disfruto. Soy su dueña.

Cuando solo estamos vestidos él con el bóxer y yo con el tanga, estamos agitados, tremendamente agitados y levantándome del sillón, hago que se levante y mirándolo cuchicheo.

—Vayamos a tu habitación.

Sin dudar lo vamos, mientras el pasillo se enciende y apaga a nuestro paso y cuando traspasamos la puerta de la habitación, me doy la vuelta para mirarlo y digo.

—Eso que dijiste de los tríos...

—Es mentira —me corta—. No es algo que me interese.

Boquiabierto la miro y él aclara.

—Solo lo hice con Peña un par de veces porque a ella le gusta ese tema —y pasando sus manos por mi cintura murmura—. Si algo tengo claro es que no me gusta compartir lo mío y si con ella lo hice, fue porque entre ella y yo solo hay sexo.

Ufffffllonerviosaquemeponeaquellarevelaciónnnnnnnnnnnnnnnnn.

Y antes de que yo diga algo, él añade.

—A ti nunca te compartiría.

Sorprendida cuchicheo.

—Eso se lo dirás a todas.

Víctor sonrío, clava sus dedos en mi cintura y acercándose más a él murmura sobre mi boca.

—Esto solo te lo digo a ti.

Mamacitalindaaaaaaaaaaaaaaquémorbomedasaberqueamínomecompartiríaaaaaaaaa

Sin hablar más lo beso. Lo deseo. Me lo como.

empatados, estamos tirados sobre la cama, desnudos, jadeantes mirando el techo cuando murmura.

—¿Puedo preguntarte algo?

Asiento, lo miro y dice.

—¿Volverás a quedar con Yago tras esto?

Aquella pregunta me pilla desprevenida. Yago es un amigo e intentando ser justa con los dos pregunto.

—¿Haría mal si lo hiciera?

Víctor suspira, veo que resopla y finalmente murmura.

—No lo sé. Dímelo tú.

Con una sonrisa me pongo de lado, echo mi pierna por encima de la suya, y tras dar un beso a aquel rostro que tanto me gusta, murmuro.

—Si crees que voy a hacer con él lo que he hecho contigo, olvídale. Yago es un amigo y creo que se merece un respeto ¿o acaso tú vas a dejar de hablar a Peña?

Víctor me mira. Procesas lo que he dicho e indica.

—Tú y yo tenemos algo especial ¿verdad?

Uf... no sé qué responder. Desde luego sexo tenemos cuando él añade.

—Quiero que seas algo más que una compañera de trabajo y algo más que una mujer que se acuesta conmigo.

Woooo... los calores que me están entrando. No respondo. No puedo, cuando Víctor moviéndose termina colocándose sobre mí y pregunta.

—¿Querías ser mi chica a vista de todos?

¡¿Queeeeeeeeeeeeeee?!
¡Aymamacitalindaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Mi cara de descomposición debe ser tal que aquel insiste.

—La palabra novia nunca me gustó, pero...

-¿Pero qué estás diciendo? — consigo decir acalorada.

Víctor sonrío, aprieta sus caderas contra las mías e insiste.

—Di que eres mi chica...

—Víctor...

—Vamos... dilo.

Un beso... dos... cuatro... y cuando la excitación toma mi cuerpo y su erección hacen que me tiemblen las piernas digo.

—Solo seré tu chica si tú eres mi chico.

—Lo soy — afirma rápidamente.

El placer por cómo me toca puede conmigo y tras un último y morboso beso murmuro.

-Soy tu chica.

A partir de mis palabras todo se vuelve loco, caliente y posesivo y cuando aquel loco asalto termina me pregunto...

¿Qué tornillo hemos perdido?

Capítulo 18

Los días pasan y lo que tengo con el doctorcito se hace más y más fuerte.

De momento lo mantenemos en silencio.

Solo es algo de él y mío y reconozco que me divierte.

Verlo furtivamente y besarnos en el hospital cuando nadie nos ve, es tremendamente excitante, aunque cuando escucho a alguna de mis compañeras hablar de él, lo excitante se desvanece para aparecer unos celos incontrolables.

Con Yago la situación se vuelve complicada. Él quiere quedar conmigo y yo le doy largas hasta que finalmente se presenta en el hospital en la hora del desayuno y no lo puedo obviar.

Es más, cuando lo veo, se me revuelve el estómago, pero entiendo su reacción. No me estoy portando bien con él y sé que se merece una explicación.

Dispuesta a dársela, decido no desayunar en el hospital y salir con él al exterior. Lo que tenemos que hablar es algo nuestro y nadie más tiene porque enterarse, pero cuando voy a salir, me cruzo con Víctor que al ver con quien voy acompañada me taladra con la mirada.

Aymamacitalindaenquélíomeestoymetiendoooooooooooooooooooo

Cuando Yago y yo llegamos la a cafetería nos pedimos dos cafés. Siento la tensión que hay entre los dos y cuando nos sentamos y nos miramos sin dudarlo digo.

—Estoy saliendo con otro. Tú eres un hombre impresionante, pero esa otra persona me gusta desde antes de conocerte a ti. Y lo siento... lo siento... pero...

No puedo decir más.

Yago me tapa la boca con su mano y sin perder su bonita sonrisa murmura.

—No me des más explicaciones, Alicia. Somos adultos y decidimos con quien estar. Asiento. Me gusta que se tome la noticia con tan buenos modos cuando pregunta.

—¿Amigos podremos ser verdad?

Por favor... pero si es que más rico no puede ser este hombre y con una sonrisa afirmo.

—Por supuesto.

Yago sonrío. Me sorprende lo bien que se ha tomado aquello cuando dice.

—Eso sí, a mi padre le has dado el disgusto del siglo.

Ambos reímos por aquello y nos terminamos de tomar el café.

Aclarado todo me acompaña hasta la puerta del hospital. Allí nos damos un abrazo cariñoso y cuando me doy la vuelta para entrar, me encuentro con Víctor que se aleja a grandes zancadas. Sin lugar a dudas me estaba esperando.

¿Estará enfadado?

Durante la mañana atiendo con el doctor Reverte a varias parturientas y este no me comenta nada sobre su hijo, hasta que terminamos con la última y mirándome dice.

—Aunque mi hijo diga que entre vosotros no existe nada, quiero que sepas que la esperanza es lo último que se pierde.

Al escucharle aquello sonrío. El doctor Reverte es un cachondo y me bajo a planta. Seguro que me necesitan.

Una vez estoy en el puesto de enfermeras preparando algunas medicaciones, veo a Víctor entrar en la sala de incubadoras con gesto serio.

Rápidamente al no ver a nadie cerca, dejo los medicamentos y entro en la sala donde él ha entrado y acercándome a él, voy a decir algo cuando éste pregunta.

—¿A qué ha venido lo de Yago?

Al entenderlo, le cojo del brazo, le llevo hasta una zona donde nadie nos puede ver y acorralándolo contra una estantería indico.

—Tenía que hablar con él y aclarar las cosas

Nos miramos... uf... como nos miramos y cuando no puedo más, acerco mi boca a la suya y sin rozarle susurro.

—Solo quiero estar contigo... idiota.

El gesto de aquel se relaja y rápidamente veo como sus ojos sonríen. Me encanta la sonrisa de su mirada cuando le doy un beso al que él responde sin dudarle y cuando finalizamos murmura.

—Estaba celoso.

—Tú lo has dicho, estabas ¡pero eso ya se acabó! Los celos no son buenos cielo.

Víctor asiente...

Yo asiento...

Y nos volvemos besar.

HummmquébesosmássabrososeincreiblesquemedaAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA

Consciente de que no podemos seguir haciendo lo que hacemos en nuestro lugar de trabajo, nos separamos cuando dice.

—¿Qué tienes que hacer esta noche?

—Quedar contigo —afirmo encantada.

Víctor sonrío ¡que bribón! e indica.

—¿Qué te parece si paso a buscarte sobre las nueve y vamos a cenar?

—¡Perfecto!

Dicho esto nos separamos y seguimos trabajando.

Esa noche cuando me viene a buscar encantados nos besamos. Divertidos vamos hablando en el coche hasta que de pronto veo que entra en una zona residencial y pregunto.

—¿Dónde vamos?

Víctor me mira.

Uy... Uy... esa carita de no haber roto un plato e insisto.

—¿Dónde vamos?

Tras un silencio que no entiendo finalmente dice.

—Mi abuela ha organizado una cena por su mejoría y...

—¡¿Qué?!

Víctor sonrío e indica.

—Tranquila. El tiranoxaurio Rex ya está advertido de tu presencia.

Boquiabierta lo miro.

¿Que voy a casa de su abuela?

¿Que su padre sabe que voy?

Me da... me da... ¡Uf que calor!.

—Respira Alicia. Solo es una cena.

Asiento. Sin duda es solo una cena, pero añado.

—Pero con tu familia.

Vuelve a sonreír ¡me cago en su padre, en su madre y en toda su familia!

Una verja se abre y ante nosotros aparece un casoplón que si mi madre lo viera ¡le daba algo!

¡Ay qué nervios!

¿Pero qué hago yo allí?

Cuando llegamos a la puerta del casoplón para el coche y un hombre al que Víctor llama Raúl sale a nuestro encuentro y tras abrirme la puerta saluda.

—Buenas noches señores.

¡¿Señores?!

Con una sonrisa miro a aquel que tras coger las llaves del coche que Víctor le entrega, se monta en el vehículo y se lo lleva. Increíble lo estoy mirando cuando Víctor me agarra de la mano y pregunta.

—¿Preparada?

No puedo responder.

¿Pero qué hago yo allí?

Y cuando estoy a punto de salir corriendo con más ritmo que Usain Bolt, escucho la voz de mi jefe decir.

—Hola hijo. Hola Alicia.

Al volverme me encuentro con la oscura mirada del Tiranosaurio Rex y rápidamente me doy cuenta de que está tan confundido como yo por verme allí.

Capítulo 19

Uf... la fatiguita que estoy pasando durante la cena.

Estoy sentada junto a Víctor y todos son amables conmigo excepto el Tiranosaurio y la estirada de su mujer.

Está visto que no les ha hecho ni pizca de gracia que yo sea la acompañante de su hijo.

En varias ocasiones la mirada de mi jefe y la mía se cruzan y, aunque siento que tiene ganas de decirme algo, no lo hace porque sabe que hacerlo significaría discutir con su hijo, y aquí estoy manteniendo el tipo lo mejor que puedo sin salir corriendo despavorida.

El hermano de Víctor y su mujer son encantadores. Ambos me recuerdan del día que nació su pequeñín y reímos al recordar ciertas anécdotas de aquel momento.

Una vez acabamos la cena, caminamos todos hacia un saloncito cuando una mano agarra mi codo y al volverme me encuentro con la abuela.

Con una sonrisa miro a la mujer. Ella desde que me ha visto entrar no ha parado de sonreírme y lanzarme buen rollito y mirándola cuchicheo.

—Me encanta saber que está mejor señora.

Aquella asiente y, sentada en su silla de ruedas, me hace un gesto con la cabeza e indica.

—Ven, siéntate conmigo en el salón.

Sin dudarlo la sigo y me siento en el sillón azul.

Durante unos segundos ambas permanecemos en silencio, mientras el resto se acomoda por el salón hasta que finalmente pregunta.

—¿Qué le has hecho a mi hijo que te mira tan serio?

Ambas miramos al Tiranosaurio Rex, que en ese instante está hablando con Víctor. No sé qué le estará diciendo, pero lo que sí sé es que a Víctor no le está gustando nada por su gesto serio y respondo.

—Hacerle... hacerle... yo no le hice nada, pero creo que está así porque soy unas de las enfermeras que trabaja en el hospital para el que su hijo y Víctor trabajan.

La mujer asiente suspira y afirma.

—Mi hijo no es mala persona, pero desde que se casó con ese papagayo —indica señalando a la Perlas—, se ha vuelto un esnob y ha olvidado ciertas cosas.

Con una sonrisa la miro. Yo no conozco a su hijo como ella lo puede conocer y cuando Víctor se acerca hasta nosotros aquella tomándole de la mano dice.

—Ni caso a lo que diga tu padre ¿entendido?

Víctor sonríe, se agacha para darle un beso a su abuela en la mejilla y añade.

—Abuela, entendido perfectamente.

Ver el buen rollo entre aquellos dos me gusta, cuando la Perlas, llega hasta nosotros, se sienta en el sillón que hay al lado de la abuela e indica.

—Marisita, creo que deberías irte a la cama a descansar.

La abuela la mira ¡Ay Marisita! y con un gesto que me hace sonreír indica.

—Creo que la que debería irse eres tú... guapita.

La Perlas mueve la cabeza. Aquella contestación no le ha gustado y mirando a Víctor cuchichea.

—Todo el santo día así. No sé qué le he hecho.

La abuela de un golpe abre un abanico que tiene sobre sus piernas y suelta.

—Casarte con mi hijo y atontarle ¿te parece poco?

—¡Abuela! —murmura Víctor.

La Perlas al escuchar aquello se levanta ofuscada y protesta.

—Marisita, no sé qué bicho te ha picado pero últimamente estás muy impertinente.

Cuando se marcha, veo que va hasta mi jefazo, le dice algo y ambos nos miran cuando aquella murmura.

—Ese papagayo está deseando que las piche para ser la dueña y señora de mi casa, pero no pienso darle ese gusto. ¡No me pienso morir!

—¡Abuela! —vuelve a murmurar Víctor tras mirarme divertido.

Con una sonrisa miro a aquel y a su abuela. Nunca imaginé que aquella mujer fuera tan llana y cuando voy a decir algo aquella mirándome indica.

—Mi padre era tendero y mi madre costurera, y aunque me casé con un hombre con posibles, mis orígenes son humildes como lo son los tuyos. No soporto a señoritas como el papagayo a las que solo les importa que el color de uñas les vaya con los zapatos y el vestido y te aseguro que ver a mi único hijo convertido en un esnob me saca de mis casillas.

Según termina de decir aquello el supuesto esnob se acerca a nosotros y protesta.

—Por el amor de Dios mamá. Me ha dicho Te...

—Lo que esa cara de acelga te diga... ¡no me interesa!

—¡Mamá por favor! —gruñe.

—Abuelaaa —susurra Víctor.

Sin apenas respirar soy testigo de aquella escenita cuando mi jefe resopla y la anciana indica.

—Me voy a la cama ¡qué hartita me tienes hijo!

Víctor me hace un gesto y veo que se levanta para acompañar a su abuela, momento en el que me quedo a solas con mi jefe y este pregunta con cierta distancia.

—¿Le ha agradado la cena?

Con la mejor de mis sonrisas, lo miro y afirmo.

—Sí, señor, mucho.

La incomodidad en el ambiente es excesiva y cuando aquel me mira y suelta.

—Se lo digo a usted, como se lo he dicho a mi hijo. No me agrada la relación que tienen. Esto seguramente nos reportará problemas en el hospital y si digo esto es porque nunca me ha gustado la existencia de las relaciones personales en el trabajo.

—Papá...

Víctor que ha dejado a su abuela en la puerta, ha regresado y está detrás de él. Y cuando este se vuelve suelta.

—Te lo he dicho y repito. Mi vida la dirijo yo, no tú, ni el hospital ¿entendido?

Con gesto serio mi jefe no responde y dándose la vuelta se aleja de nosotros, momento en el que cuchicheo.

—Creo que no ha sido buena idea venir a esta cena.

—Te equivocas —responde Víctor cogiéndome por la cintura—. ¡Ha sido una idea ¡excelente!

—Pero tu padre...

—Mi padre —me corta—. En lo nuestro ni pincha ni corta, por lo tanto, tranquila, que de mi padre me ocupo yo.

Con una sonrisa lo miro, cuando este me abraza y soy consciente de cómo la Perlas y su padre nos miran.

Uf mamacita linda qué mal rollito me da que nos miren así.

Capítulo 20

Mi último mes junto a Víctor me tiene en una nube.

¡Qué majo! ¡Qué mono! ¡Qué ideal!

El doctorcito ligón que vacilaba a toda mujer viviente, ha dejado claro a todos en el hospital que salimos juntos y yo es que no sé ni qué decir y menos cuando Peña, la doctora, ¡me felicitó!

Los celadores me miran alucinados...

Mis compañeras siento que me envidian...

El doctor Reverte... no sé... no sé...

Y el Tiranosaurio Rex disimula e intenta no mirarme porque está más claro que el agua que no le gusto. Quería para su hijo otro tipo de mujer y, aunque hay momentos en los que me siento fatal por saber que no soy santo de su devoción, hay otros en los que me da igual y si no le gusto ¡que le den morcillas!

Pensando en ello estoy mientras le doy el biberón a un bebé que está en la incubadora, cuando escucho a mis espaldas.

—Buenos días preciosa.

Sin volverme, sé que es él.

Víctor... Víctor... Víctor... Y sonriendo respondo.

—Buenos días.

Víctor camina hacia el otro lado de la incubadora y mirándome pregunta mientras sonrío.

—¿Qué tal tu noche de chicas con tus amigas?

Sonrío. Sonrío.

La noche anterior me fui con mis compis de piso a celebrar el cumpleaños de Bea y respondo.

—Estuvo bien.

Víctor divertido mueve la cabeza y cuchichea.

—Menudo peligro tenéis las tres.

Eso me hace sonreír y tras terminar de dar el biberón al bebé, cuando estoy apuntando la cantidad que se ha tomado, Víctor murmura.

—Anoche te eché de menos.

Cuando voy a responder de pronto se abre la puerta y me callo. Todo el mundo sabe que estamos juntos, nadie es ajeno a nuestra relación, pero en el hospital intentamos ser profesionales y antes de marcharse Víctor me pregunta.

—¿Comemos juntos?

Asiento, sonrío y sigo a lo mío.

Una hora después cuando salgo de la cafetería, veo entrar a una chica con gesto desencajado por la puerta del hospital. Se apoya en la pared, está sudando, parece dolorida y me doy cuenta de que está de parto.

Rápidamente me acerco a ella y la tranquilizo.

Me dice que se llama Romina, que ha llegado sola y tras ver que no hay un celador con una silla cerca, decido subírmela a planta yo misma. Una vez aviso en recepción de

cuerpo de aquella.

—Mire señor, necesito algo limpio y calentito para el bebé.

Según digo aquello el Tiranosaurio asiente, cuando Romina da un alarido y yo, mirándola, indico.

—Respira... respira y empuja ¡solo cuando yo te lo diga!

El Tiranosaurio se quita su impoluta chaqueta, se coloca a mi lado y sorprendiéndome pregunta.

—¿En qué te puedo ayudar?

Vaya.... ¡se despertó! ¡Genial!

Con una sonrisa lo miro e indico.

—Siéntese detrás de Romina. Que ella se apoye en usted.

El Tiranosaurio hace lo que le pido y una vez colocado, miro a la mujer que con gesto congestionado me mira y digo.

—Ahora... empuja ahora.

Romina empuja... empuja... empuja...

Siempre me sorprende la fuerza descomunal de las madres cuando están dando a luz y segundos después la cabecita del bebé ya está fuera.

La mujer jadea, le duele y yo lo entiendo, cuando oigo al Tiranosaurio animar a la mujer e indicarla que lo está haciendo muy bien. Eso me tranquiliza. Su ayuda me viene bien cuando pasados unos segundos vuelvo a pedir.

—Ahora Romina. Empuja... fuerte... fuerte... fuerte...

Romina lo hace.

Hace todo lo que le pido y tras intentarlo dos veces más, el cuerpecito del bebé sale de su cuerpo a propulsión y yo lo recojo con todo mi amor.

—¡Es una niña! —digo encantada.

Romina, el jefazo y yo sonreímos cuando de pronto el ascensor se mueve y se pone en marcha.

¡Gracias a Dios!

Segundos después, las puertas del ascensor se abren.

Allí está Víctor junto a Luisa y varios celadores con una camilla. Sin necesidad de hablar, todos saben lo que tienen que hacer y cuando se llevan a la madre y al bebé, al que aún no he cortado el cordón umbilical, Víctor nos mira a su padre y a mí y pregunta.

—¿Estáis bien?

Asiento. Sonrío cuando su padre dice.

—Sí hijo. Estamos bien. Vamos, atiende a esa mujer y a su bebé.

Víctor me guiña un ojo, yo lo sonrío y cuando desaparecen todos de nuestra vista recojo la chaqueta del padre de aquel y entregándosela, murmuro.

—Gracias señor. Por suerte al final no nos hizo falta.

Mi jefe asiente, coge la chaqueta y tras mirarme durante unos segundos indica.

—No eras lo que yo quería para mi hijo, pero me acabo de dar cuenta que mi hijo ha sabido elegir muy bien.

Parpadeo... parpadeo. ¿He escuchado bien?

Bloqueada lo miro, cuando aquel con una sonrisa, indica.

Capítulo 21

Y sigo en una nube

Tras lo ocurrido en el ascensor con el Tiranosaurio Rex y la embarazada, su concepto por mí ha cambiado. Ahora es amable y encantador conmigo y yo se lo agradezco de mil amores, especialmente porque veo a Víctor relajado y feliz.

Hemos ido un par de veces a comer con la abuela, el padre y la madrastra y todo ha funcionado como la seda. Está visto que cuando todos ponemos de nuestra parte si se quiere ¡se puede!

Pensando en ello estoy mientras relleno unos papeles en el control de enfermeras cuando oigo.

—Hola preciosa.

Sin mirar ya sé que es él. Su voz. Esa voz que me encanta y mirándole saludo.

—Hola doctorcito.

Ambos sonreímos pero no nos tocamos. En el trabajo intentamos seguir siendo los profesionales que siempre hemos sido, aunque de vez en cuando se nos olvida.

Mirándonos estamos con una sonrisa cuando Víctor murmura.

—He de decirte algo que...

Pero yo ya lo sé. En el hospital, las noticias vuelan como la wifi e indico.

—Tienes que marcharte en unas horas para Bruselas.

Boquiabierto me mira. Le sorprende que lo sepa y cuchicheo.

—No voy a decirte quien me lo ha dicho. Pero sé que a ese congreso tenía que ir el doctor Martínez, pero a última hora por un problema familiar no puede asistir y tienes que ir tú. Ah... y tu vuelo sale a las seis.

Víctor sonrío incrédulo. Yo también, e indica.

—No has dicho que regresaré en seis días.

Asiento. Me joroba mucho que se tenga que ir, pero afirmo.

—Aquí estaré cuando regreses.

Nos seguimos mirando. Uf... ¡cómo nos miramos!

Mamacitalindamieditomeestadandoelmomentoooooo. AyAy; que perdemos la cordura

Y necesitada de despedirme de él, le hago una seña y entramos en la parte de atrás de control de enfermeras. Una vez allí, sin necesidad de hablar nos besamos, nos abrazamos y cuando nos separamos murmura.

—Si no estuviéramos aquí, te...

Le tapo la boca con la mano. No quiero que lo diga y mirándole cuchicheo.

—¡Pórtate bien en Bruselas!

Víctor sonrío. Yo no.

Hay una parte de mí que desconfía, cuando él besándome murmura.

—Odio irme y dejarte aquí. Y en cuanto a lo que me has pedido ¡aplícatelo tú también!

Sorprendida lo miro y sonrío.

Vaya... vaya... me gusta ver que esa inseguridad que yo siento, él la siente también y besándolo afirmo.

—Te voy a echar de menos.

Un beso... dos... tres...

Y cuando vamos a por el cuarto un ruido nos alerta y recuperando la compostura, salimos de allí a toda prisa. No es sitio, ni lugar para darnos la paliza como dos adolescentes quinceañeros.

Una vez regresamos al control de enfermeras, Víctor me mira, me guiña el ojo y se va. Se tiene que marchar a casa a hacer la maleta y con una simple sonrisa me despido de él, mientras Luisa me mira y pregunta.

—¿Hoy doblabas turno verdad?

A las tres y veinte cuando salgo de farmacia de recoger unos medicamentos y me dirijo al ascensor me doy de bruces con el Tiranosurio Rex, que va acompañado del doctor Reverte. Los dos sonríen al verme y me saludan.

Con una sonrisa les saludo yo también cuando el doctor Reverte, que ya ha aceptado que lo mío con su hijo fue algo pasajero, mira al jefeazo y pregunta.

—¿Qué hace ella aquí?

Buquabierta lo miro. ¡Ay madre! ¿Es que me quiere despedir?

De pronto me sudan las manos, los pies y hasta la cabeza. No entiendo que quiere decir aquella pregunta cuando Reverte, que es muy amigo del jefeazo insiste.

—Emilio... creo que hablamos y...

Mi jefe al escucharlo lo interrumpe.

—Reverte, lo pensé y no lo creí pertinente.

—Por el amor de Dios —gruñe Reverte—. Estamos hablando de tu hijo y su novia ¿el que no ves pertinente?

No entiendo nada. Mis nervios se duplican cuando aquel vuelve a insistir.

—Sabes que a Martínez le iba a acompañar su enfermera de confianza ¿Por qué no se ha marchado Alicia con Víctor como dijimos?

¡¿Cómo dijimos?! ¿Qué es eso de cómo dijimos?

Cada vez entiendo menos, cuando el Tiranosaurio me mira y Reverte vuelve a insistir.

—Vamos a ver Emilio por Dios, que es tu hijo y su novia. No seas un viejo amargado y haz el favor de enviar a esta muchacha a Bruselas con él. Tú sabes tan bien como yo, que eso es lo que tu hijo quiere y seguramente ella también ¿o me equivoco? —me pregunta mirándome.

Los dos me miran. No sé qué decir cuando el Tiranosaurio pregunta.

—¿Si pudieras ir a Bruselas a ese congreso irías?

Bueno... bueno... bueno....

Sería tonta no.... ¡lo siguiente! Si dijera que no y dispuesta ser sincera afirmo.

—Por supuesto que sí. Me encantaría ir.

Mi jefe me mira...

Reverte también...

Y yo que ya no sé dónde mirar, ni meterme.

Y cuando voy a desaparecer de allí el jefeazo dice abriendo su teléfono móvil.

—Date prisa. Solo tienes dos horas y media para llegar al avión. Le diré a mi secretaria que te pase el billete a tu móvil ¿de acuerdo?

Lo miro...

No me muevo...

No sé si he entendido bien... cuando de pronto Reverte sacándome de mi burbujita insiste.

—Vamos Alicia espabila. Sube a tu planta y dile a tu compañera que te vas. Del resto nos encargamos nosotros.

—Pero yo...

—No hay peros ¡date prisa! —me corta el Tiranosaurio.

Como si me hubieran metido un petardo en el trasero, eso hago. Corro... corro y corro y cuando salgo del hospital, sin avisar a Víctor, cojo un taxi y llamo a casa donde por suerte está Bea y le pido que me meta cuatro cosas en una maleta y me la baje al portal en media hora.

Cuando llego a mi portal, entre risas le explico a Bea que me voy a Bruselas con Víctor. Incrédula me mira y yo que aún no me lo creo le doy dos besos, cojo mi maleta y sigo mi viaje al aeropuerto.

Pero la ley de Murphy se cruza y cuanto más prisa tengo ¡peor!

Nos pilla un atasco de mil demonios y cuando llego al aeropuerto, corro, corro y corro y aunque creo que voy a perder el vuelo, por suerte, llego y cuando entro en el avión, busco a Víctor.

Cuando lo veo leyendo un libro sonrío. ¡Qué mono es y cómo me alegra la vista!

Él no me ha visto. Me gusta saberlo y con seguridad camino hacia él y cuando me siento a su lado murmuro.

—Hola precioso.

Su gesto al verme es indescriptible.

Sus ojos y su boca me dejan ver lo feliz que le hace aquel encuentro y cuando va a preguntar cuchicheo.

—El Tiranosaurio Rex nos desea un ¡buen viaje!

Según digo aquello, Víctor me abraza, nos besamos y yo pienso.

¡Viva Bruselas, Reverte y el Tiranosario Rex!

Capítulo 22

Bruselas... Bruselas... Bruselas...

¡Qué bien me lo estoy pasando en Bruselas!

Víctor y yo acudimos juntos cada día al congreso.

Como excelentes profesionales que somos atendemos a todo lo que se habla y cuando salimos de allí lo comentamos encantados mientras paseamos por aquella bonita ciudad.

Pero al igual que disfrutamos en el congreso escuchando hablar de nuestro trabajo, disfrutamos con verdadera pasión, nuestros ratos de intimidad en la habitación.

Lo beso... lo desnudo...

Me besa... me desnuda....

Uf mamasita qué bueno está mi amor.

Le hago el amor con pasión...

Me hace el amor con fogosidad...

Uf lo que me entra por el cuerpo cuando me dejol llevar.

Todo... Todo... Todo ¡es mágico, loco y especial!

El primer día que tenemos libre, como Víctor sabe que deseo visitar la ciudad de Brujas, lo organiza y para allá que vamos.

Siempre he oído hablar de esa mágica ciudad y mientras caminamos por su casco histórico tan lleno de misterio y romanticismo, disfruto de todo lo que nos rodea y más de la inigualable compañía. Víctor es maravilloso y más, cuando me compra un cargamento de chucherías.

¡Mía que me gusta el azúcar!

Cuando nos sentamos a comer en uno de sus bonitos restaurantes cercanos al Lago del Amor, y pedimos algo de beber al camarero, soy consciente de como Víctor me mira e inquieta pregunto.

—¿Qué te ocurre?

Víctor sonrío.

Uf... cómo me pone su sonrisa y finalmente acercándose a mí cuchichea.

—Estar contigo las veinticuatro horas del día estos días, me está haciendo replantearme muchas cosas.

Sin saber qué decir levanto las cejas, cuando el camarero regresa con las cervezas que le hemos pedido.

Cuando se marcha, yo que soy una cotilla que quiere saberlo todo pregunto.

—¿Y qué te estás replanteando?

Víctor vuelve a sonreír y mientras le estoy dando un trago a mi cerveza suelta.

—He pensado qué responderías si te preguntara "¿Quieres casarte conmigo?"

Según escucho eso ¡me atraganto!

Lamadre que lo parió y le puso su primer calzoncillo; pero hadicholo que he creído escuchar.

Rápidamente Víctor se levanta, me da un par de golpes en la espalda para que no me asfixie mienta expulso, sin ningún glamour, cerveza por la nariz del susto por lo que he creído escuchar.

¿Qué hago?

Las bodas y la seriedad que ellas conllevan nunca han sido lo mío. Pero lo miro, y algo me dice que no sea tonta y disfrute de la vida y del hombre que tengo delante de mí. Pero aún así en un susurro murmuro.

—Creo... creo que es algo precipitado.

Víctor asiente y sin parar de sonreír afirma.

—Lo sé. Pero... ¡cásate conmigo! ¡Precipítate conmigo!

Sentir su insistencia y ver su sonrisa me hace saber y sentir que deseo hacerlo.

Momentos como ese en la vida no hay muchos, siempre me ha gustado la locura y dispuesta a precipitarme con él, finalmente sonrió e indico.

—De acuerdo. Quiero precipitarme contigo.

Víctor feliz me pone el anillo de azúcar, mientras todo el mundo a nuestro alrededor aplaude y sonríe con nosotros. ¡Qué momentazo!

Una vez el anillo está en mi dedo, Víctor se levanta, me levanta a mí y nos besamos con locura.

Sin duda a los dos nos falta un tornillo, pero oye ¡viva la falta de tornillos!

Esa noche, tras regresar al hotel de Bruselas y hacernos el amor como si no hubiera un mañana, desnudos en la cama, planeamos lo que va a ser nuestra locura y decidimos que será en una semana.

¿Querrás venir a nuestra boda?

Capítulo 23

Madre mía qué nerviosa estoy.

Mi madre llora.

No entiende las prisas por la boda, y aunque yo le prometo que no estoy embarazada, ella me mira y desconfía.

¡Ay mamá, qué graciosa eres!

Vale... entiendo las caras de sorpresa de todo el mundo.

De la abuela de Víctor, de su padre, mis compañeras, la doctora Peña, mi Pacorro, el doctor Reverte, pero nada, ni nadie, me va a quitar esta sonrisa tonta que llevo dibujada en mi boca desde que el hombre de mi vida se me declaró con un anillo de azúcar, que todo sea dicho, ya ha reemplazado por un precioso solitario de oro blanco y diamantes que me tiene embobaba.

En cuanto a la boda, lo creáis o no en 5 días lo hemos organizado todo. Iglesia. Banquete. Invitados. Y cuando digo todo es ¡todo!

Eso sí, ha sido una locura, pero como diría mi abuela que desde el cielo me está ayudando ¡Poderoso caballero Don Dinero!

Es increíble lo fácil que son muchas cosas, dependiendo del nivel adquisitivo que uno tiene, y mira, por una vez en la vida ¡voy a aprovechar el nivel adquisitivo de Víctor para organizar mi bodorrio!

Mi amiga Bea tiene una prima que vende vestidos de novia y sin dudarlo me compro allí un precioso vestido que nada tiene que envidiar a esos otros que cuestan diez veces más y el mismo día se viene conmigo para casa. Y aquí estoy, mirándome en el espejo, vestida de novia, con mis amigas revolucionadas a mi alrededor y mi madre llorando a moco tendido a medio camino entre la emoción y la incredulidad.

Todos, absolutamente todos al enterarse de la boda me han dicho eso de: ¡Estás loca! Y luego me han preguntado aquello otro de... ¿Estás embarazada?

Y no, no estoy embarazada, pero sí estoy total y completamente loca por un hombre llamado Víctor, que sin darme cuenta se ha metido en mi corazón y siento que yo me he metido en el de él.

Cuando abandono mi casa y me meto vestida de novia en el coche que nos llevará directas a la iglesia, me tiembla todo, pero eso no es nada para el nervio que me entra cuando llego a la iglesia y veo a mi chico esperándome con su bonito traje.

¡Por Dios... por Dios... Víctor es purita tentación! Y casi grito aquello de....

Aymamacitalindaaaaperoqueguapoybuenorroqueestamifuturomarido.

Peroooooooooooo... me reprimo.

He de estar a la altura de la boda, cuando con galantería, Víctor, abre la puerta del coche, tiende su mano hacia mí, y al salir del vehículo mirándome a los ojos murmura.

—Es imposible que estés más bonita... Duendecilla.

Escuchar aquello me hace sonreír y encantada murmuro.

—Tú estás para comerte... Superman.

Divertido Víctor cuchichea.

—Puedes empezar cuando quieras.

Olvidándome de las miradas que nos rodea, me acerco a su boca y lo beso.

¡Hummm... qué rico!

Lo beso con pasión, necesidad y delicadeza y cuando me separo de él, sin hablar, entiendo lo que dice su mirada y me acaloro.

¡Uf... Uf... la calor que me entra!

Como puedo, recupero la cordura.

El Tiranosaurio Rex se acerca a mí todo trajeado y me ofrece su brazo. Es el padrino de la boda, al igual que mi madre es la madrina y mirándome murmura.

—Estás preciosa Alicia.

—Gracias... tú estás muy guapo —murmuro con gusto.

El Tiranosaurio Rex sonrío y yo con cariño me agarro a él.

Sé que piensa como mi madre y el resto de los invitados eso de ¡es una boda precipitada! Pero su sonrisa, me hace saber que confía en nosotros y yo se lo agradezco.

Una vez entramos en la iglesia, la ceremonia comienza y yo me sumerjo en una burbuja, hasta que pasado un buen rato oigo que el cura dice aquello de:

—Puedes besar a la novia.

Según dice aquello, miro a Víctor que con la sonrisa más bonita de su vida, me mira e indica.

—Padre... dirá a mi mujer.

Y me lanzo... no espero a que él me bese. Lo beso con amor, pasión y deseo.

Diez minutos después cuando salimos de la iglesia, los amigos y las familias, nos sepultan en arroz, lentejas y pétalos de rosas blancas. Todo el mundo nos besa, nos felicita mientras nosotros agradecemos las muestras de cariño y nos miramos, todavía sorprendidos por lo que acabamos de hacer.

¡Que nos hemos casado!

Durante el banquete que organizamos en el casoplón de Víctor, que ahora será mi residencia, disfruto viendo a la gente disfrutar.

Somos unas cien personas y aunque al principio me parecían muchas, reconozco que ahora que están allí, son las justas y necesarias. El catering de la comida es exquisito. A todos les gusta y cuando digo a todos incluyo a Rubia y sus cachorros, Elektra, Batman, Thor y Hércules que se están poniendo morados.

Víctor y yo sonreímos. Hoy es nuestro día y lo estamos disfrutando a nuestra manera.

Cuando la orquesta contratada para el evento comienza a tocar en el jardín de la casa, mi maridito me coge de la mano y mirándome a los ojos dice.

—¿Bailas conmigo nuestra canción?

Boquiabierto pregunto.

—¿Tenemos canción?

Víctor asiente.

Con él salgo a la improvisada pista y cuando me abraza y comenzamos a bailar la canción "Yo no me doy por vencido" del maravilloso Luis Fonsi, acerca su boca a mi oído y murmura.

—Contigo nunca me cansé, ni me rendí, ni me di por vencido hasta que te

conseguí.

Ufff... lo que me entraaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Encantada, apoyo mi cabeza en su hombro y bailo con él. Con el hombre que me ha enamorado y que como dice la canción, no se dio por vencido.

Cuando la canción acaba y comienza otra, todo el mundo se lanza a la pista a bailar. Lo quieren pasar bien, tan bien como nosotros.

Víctor baila. Yo bailo. Todos bailamos y en un momento dado, tras mi marido darme un dulce beso en los labios, cuando se aleja, divertida le miro el trasero y murmuro.

—Sí, sí, sí... ¡Alégrame la vista!

Víctor me escucha, me mira y suelta una carcajada y yo guiñándole el ojo bailo con mis amigas, mientras siento que es el mejor día de mi vida.

No sé que pasará mañana, ni pasado mañana, pero hoy sé que soy feliz, que vivo el momento y que la vida hay que disfrutarla al mil por mil.

Por eso amigas, os recuerdo que debéis de ser felices.

Disfrutad de los momentos que la vida os ofrece solas o acompañadas y nunca olvidéis que si yo he podido encontrar el amor cuando menos lo esperaba ¿Por qué no lo vais a encontrar vosotras!

¡Feliz Verano Guerreras!

Fin